



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar  
orientada a los estudios sociales

# Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 8, Núm. 2, pp. 124-179 - ISSN 2027-5528

## El motivo del petróleo en la novela venezolana

### The motive for oil in the venezuelan novel

**José Amador Rojas Saavedra**

Universidad de Los Andes, Venezuela

[orcid.org/0000-0002-3792-0383](https://orcid.org/0000-0002-3792-0383)

**Recibido:** 15 de agosto de 2017

**Aceptado:** 10 de octubre de 2017



Grupo de  
Investigación  
Historia  
Archivística y  
Redes de  
Investigación

## El motivo del petróleo en la novela venezolana

José Amador Rojas Saavedra  
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela  
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales  
(FACES)

Licenciado en Letras, mención lengua y literatura hispanoamericana y venezolana, de la Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela. Magíster Scientiae en Literatura Iberoamericana del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres” de la misma Universidad. Doctor en Lingüística con especialidad en Semiótica de la (Universidad de Los Andes. Actualmente es profesor en el Área de socio-humanística (Lenguaje) de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES).

Correo electrónico: [jrojassvdra@gmail.com](mailto:jrojassvdra@gmail.com)

ORCID ID: [orcid.org/0000-0002-3792-0383](https://orcid.org/0000-0002-3792-0383)

### Resumen

Luego de una ardua investigación bibliográfica, este artículo es un *balance* de las novelas publicadas en Venezuela que tienen como *motivo* el petróleo, tema monumental, recurrente, con una fuerte constitución social, relevancia y cierta autonomía como objeto de estudio. El petróleo: objeto semiotizado y construido, es un aspecto componedor de la *cultura* y el *discurso* de los venezolanos. *Mene*, que para unos ha dado origen a la *tesis perversa*, ha sido identificado como el causante de nuestros males pasados, presentes y futuros, responsable de todas nuestras desgracias como pueblo, destructor de una sociedad inocente y pura, elemento permisivo de corrupciones, depravaciones, inmoralidades y desenfrenos. Para otros, el hidrocarburo nos metió en la modernidad, mucho le debemos a él. Nos dio un siglo XX de paz y progreso, además nos vinculó con una cultura moderna, con alta

tecnología. *Oro negro* que por efecto de la intervención de nuestros escritores, adquiere plenamente su dimensión espiritual y se convierte en expresión del decoro y la dignidad de una escritura que se adentra en lo fundamental del paisaje venezolano, del *sentir* de la nación, en la expresión de un pueblo, en *motivo* literario. En el quehacer literario y artístico de los escritores venezolanos, el petróleo y su equipamiento adquiere un carácter particular que los enunciadores generales dotan de una personal y particular simbología. En efecto, estos escritores se adueñan de las torres, los balancines, los barriles y la milenaria brea, construyen una narrativa que trasciende los límites del objeto particular e intentan expresar y mostrar los cambios sociales, económicos, políticos y culturales surgidos en Venezuela a raíz de su implantación como sistema económico primordial, denotándolo como un *motivo* literario impregnado de *símbolos* y *significaciones*. Las petronarrativas venezolanas constituyen una versión particular y distintiva que muestran las diversas dimensiones de la historia moderna del país.

**Palabras clave:** Petróleo, mene, novela venezolana, *motivo* literario

## **The motive for oil in the venezuelan novel**

### **Abstract**

After an arduous bibliographical research, this article is a *balance* of the novels published in Venezuela that have petroleum *motive*, a monumental theme, recurrent, with a strong social constitution, relevance and certain autonomy as object of study. The petroleum: semiotized object and constructed, it is a composing aspect of the culture and the speech of the venezuelans. *Mene*, which for some has given rise to the *perverse thesis*, has been identified as the cause of our past, present and future ills, responsible for all our misfortunes as a people, destroyer of an innocent and pure society, permissive element of

corruptions, depravations, immoralities and desires. For others, hydrocarbons got us into modernity, we owe much to it. It gave us a twentieth century of peace and progress, also linked us with a modern culture, with high technology. *Black gold* that, thanks to the intervention of our writers, fully acquires its spiritual dimension and becomes an expression of the decorum and the dignity of a writing that goes deep into the venezuelan landscape, the *feeling* of the nation, the expression of a town, in *literary motif*. In the literary and artistic work of the venezuelan writers, *oil* and its equipment acquires a particular character that the general enunciators endow with a personal and particular symbology. Indeed, these writers take over the towers, the rockers, the barrels and the millenary pitch, construct a narrative that transcends the limits of the particular object and tries to express and show the social, economic, political and cultural changes that have arisen in Venezuela at the root of its implantation as primordial economic system, denoting it as a literary *motif* impregnated with *symbols* and *meanings*. The venezuelan petronarratives constitute a particular and distinctive version that show the diverse dimensions of the modern history of the country.

**Keywords:** Oil, mene, venezuelan novel, literary motif.

### **Introducción: El motivo del petróleo.**

Aceite de roca, azeite de petrolio, alquitrán, asfalto, betumen, betún, chapote, chachapote, chapatote, chapapote [del náhuatl *chapopotli*, corrupción de *tzaucpopochtli*, Dios de los senderos, compuesto de *tzacutli* (engrudo) y *popochtli* (perfume)], pez, brea, pichi, galipote, estercus demonis, excremento del demonio, estiércol del diablo, mierda del diablo, lacus asphaltibus, malta, mene, mumiya, nafta, naphtha, neft, oro líquido, oro negro, petróleo dorado, petróleo-arma, petróleo-símbolo, petro-oil, petro-oleum, pisafalto, pixmontana, crudo o simplemente petróleo, son nombres que, desde la antigüedad, el hombre ha utilizado para hacer mención de este mineral. Nombres que, para decirlo en palabras de Julia Elena Rial, tienen la capacidad de ser ópticamente activos y anuncian la

policromía discursiva que, desde los diferentes ejes, convierten al petróleo en un denso conglomerado literario (Rial, 2002, p. 11).

“Petróleo-símbolo. Petróleo-ideología, que asume el carácter de pretexto, de valor, de reivindicación o de esperanza. Petróleo dispar que es, según el caso y dependiendo de quien lo vea: soberanía y libertad, opresión y sojuzgamiento, entrega y traición, nacionalismo o imperialismo. Petróleo-símbolo que mueve las voluntades de los gobernantes, las estrategias de las compañías y las esperanzas de un pueblo que cree en una vida mejor y en un país más posible”. (Viloria Vera, 1997, p. 36).

Viloria Vera destaca que el petróleo es:

“Expresión de lo inasible e intangible, de lo recóndito y poco conocido. Hace aflorar las profundidades de un ser colectivo y personal para afirmar una pertenencia, un carnet de identidad, una carta de ciudadanía, una forma de sentir, de ser y de pensar, de anclarse en el mundo, de entenderse a sí mismo y a los demás. Petróleo identificador y vivificador de una sociedad que llegó tarde a encontrarse consigo misma, es decir, con su tiempo y su circunstancia. Barril que modificó una historia signada por el anonimato y el desconocimiento, por la ausencia de presencias y por el poder decapitador de la pregunta ¿Qué produce? ¿Qué la distingue? ¿Dónde queda? Petróleo que ayudó a la inserción de Venezuela en su ahora y en su aquí, en su tiempo y en su espacio. Barril que traslada al país de mapas inconsultos y apolillados a salones de arte que sí son capaces de ubicar e identificar, de diferenciar y constatar una presencia, una identidad, una idiosincrasia” (Viloria Vera, 1997, pp. 55-56).

Para algunos narradores venezolanos, el petróleo es visto como arma, usado “como instrumento para reivindicaciones y como mecanismo para las venganzas. Arma inocente en las manos de quienes alimentan el deseo insano y las ansias de exterminio. Fuente negra de tensiones y enfrentamientos, de embargos y de conflictos” (Viloria Vera, 1997, pp. 18-19). Oro negro, factor silente e inofensivo que reconforta la mirada y aviva los espíritus, fuente de progreso y de vida, instrumento para el entendimiento profundo de los hombres. El petróleo forma parte fundamental de nuestras vidas, de nuestro acontecer diario, de

nuestra cotidianeidad. Para unos es un elemento demoníaco y despreciable; para otros, un *motivo* de lo sublime, de lo excelso.

Un aspecto relevante es que el petróleo, se convirtió —en pequeña medida— en *motivo* para algunos escritores y críticos literarios venezolanos del siglo XX y parte del XXI, entendiendo en este caso la propuesta de Kayser (1961) que destaca que “el *motivo* es una situación típica que se repite; llena, por tanto, el significado humano” (p. 77).

Este texto reflexiona sobre el *motivo* histórico del petróleo, en el proceso de transformación de una sociedad rural a una sociedad urbana petrolera. Es un tema recurrente, tiene una fuerte constitución social, relevancia y cierta autonomía como objeto de estudio.

La narrativa hispanoamericana se ha alimentado principalmente de los conflictos políticos, económicos, culturales y sociales que afectan a sus habitantes. Los escritores se han expresado —y seguramente lo seguirán haciendo— ya sea, de forma directa o indirecta, a través de personajes cultos y populares, de sujetos oprimidos y opresores, y en ocasiones, mediante testimonios, muestra de realidades, visiones, sueños, pesadillas o alegorías, su correspondencia con la problemática real de los pueblos, buscando por encima de todo, una literatura que exprese con fidelidad al hombre latinoamericano y su modo de vida, su lenguaje, costumbres y tradiciones, tristezas y alegrías, preocupaciones y sufrimientos.

Entre muchos aspectos, la literatura latinoamericana manifiesta y denuncia la lucha social, las injusticias y el abuso de poder. En nuestro continente existen varias novelas que tratan en diferentes magnitudes estos temas. Ramos-Harthun en el texto *La novela de las trasnacionales: hacia una nueva clasificación* (2001) realiza un ordenamiento de lo que ella denomina la *novela social*. Hace énfasis en que, dentro de la *novela social*, se puede observar el tema de las compañías trasnacionales y los abusos del capitalismo. A pesar de esta clasificación, la autora afirma que no existe una sola novela que pueda, con derecho,

situarse o ubicarse dentro de una categoría específica. Todas tienen algo de las otras, lo cual se observa con la existencia de las diversas tendencias, clasificaciones o terminologías derivadas de la *novela social* que se relacionan, unas más que otras, con el tema de las trasnacionales.

Según la clasificación de Ramos-Harthun, en la *novela social* se incluye la novela indigenista, de las gaucherías, la proletaria, de la tierra, la agraria, de la selva y la novela de la revolución (mexicana). También encontramos la novela antiimperialista (o antiyanqui) y la que asume temas de las trasnacionales como la novela de la mina, la bananera y diferentes obras cuyo contenido depende de la actividad del recurso de explotación como es el caso de la novela del caucho, el azúcar, el café, el cacao, y por supuesto, la novela del petróleo (Ramos-Harthun, 2001, p. 4).

Se establece como *novela petrolera* aquella obra literaria cuya *narratividad* está ligada directamente al *motivo* del petróleo. Una obra cuya trama está imbricada en los ambientes petroleros venezolanos. Para considerársele *novela petrolera* debe existir la presencia del *motivo* petrolero, el hidrocarburo debe ser el promotor y gestor de toda la problemática a desarrollarse en el texto.

Durante el siglo XX y parte del XXI, Venezuela ha sido identificada por su principal producto de exportación: el petróleo. Aunque el impacto económico, político y social que causó el *oro negro* captó la atención de decenas de académicos en este país y en el resto del mundo, todavía no se ha analizado en profundidad la huella del hidrocarburo sobre la generación de individuos que formaron parte de esta industria, y cómo su participación en dicho proceso afectó su visión sobre los conceptos de cultura, costumbres, la construcción de ciudadanía y el lenguaje del venezolano, generadas a raíz de la implantación, crecimiento y auge de la industria petrolera.

En el siglo XX, la cultura petrolera permitió modificar las viejas normas sociales y culturales, y a la vez intentó implantar un nuevo modelo de ciudadanía y participación

social. El fenómeno de la explotación petrolera se convirtió en un factor determinante en las transformaciones de la vida venezolana, tanto en el ámbito de la economía o la política, como también en la sociedad y la cultura; en las formas tradicionales de vivir, pensar, *sentir* y actuar.

El *mene* —como alguna vez se le llamó— es sin duda un elemento socio-histórico que ha modificado —y seguirá alterando— estilos de vida y sistema de valores no exclusivamente de Venezuela, pues también otros países han sido bendecidos por la existencia de este mineral en sus entrañas. Este suceso se ha convertido en fuente de inspiración, *motivo* literario, y en ocasiones, simple alegoría de una pequeña parte de la narrativa.

La literatura venezolana con *motivo* petrolero, ha caído en un juego *maniqueo*, en calificaciones y descalificaciones. El tema ha sido colocado en una balanza, donde el aspecto negativo que trajo la industria petrolera al pueblo, se inclina a su favor. Nuestra narrativa que recoge el *motivo* del petróleo fue escrita desde una posición crítica, de alerta y cuestionamiento a la realidad nacional. Los intelectuales de la Venezuela que surgía impulsada por el *oro negro*, desarrollaron la perspectiva de una conciencia desgarradora sobre la realidad, con un afán pedagógico, utilizando a la literatura como un vehículo de denuncia. Erigieron una obra que apeló al nacionalismo del lector al denunciar los atropellos de los que eran objeto los venezolanos por parte de grupos de personas extranjeras en representación de las Compañías, contaron las *perversidades del petróleo*, pues “una de las constantes en la literatura es la concepción del petróleo como elemento aniquilador de la naturaleza, anulador de la tierra. La tierra se presenta como una gran madre generosa, que ante el aluvión del mineral, deja de darnos sus frutos y sucumbe ante las máquinas del petróleo” (Arenas, 1999, p. 33).

Las obras literarias venezolanas que tienen como *motivo* el petróleo, exaltan la agresión a la madre tierra, a nuestros primeros pobladores campesinos, a sus costumbres y modo de vida. Puede observarse nítidamente que el *crudo* irrumpió en medio de la



existencia de una nación atrasada, ignorante, pobre y débil, y desarticuló la forma tradicional de vida de los venezolanos. Según Arenas:

“Tenemos claro que estamos tratando con literatura y ésta es ficción obviamente, pero si tenemos en cuenta que este tipo de obras centraron su preocupación en el testimonio, en documentar una realidad que despertaba *angustias*, no nos queda menos que conceder una buena dosis de verdad al propósito de colocar afuera de lo existente (el paisaje, los nativos, etc.) todo lo que tuviera que ver con el hidrocarburo. Por ese camino, la *incomprensión* y la *ignorancia*, se glorifican literariamente” (Arenas, 1999, p. 31).

Algunos escritores han narrado los efectos de una actividad que ha producido espejismos y desarraigos, y como lo ha señalado la crítica literaria, el *oro negro* es un maná que nos ha corrompido y envilecido pero, sobre todo, nos ha separado, creando grandes distancias entre los que han podido y sabido disfrutar de sus ventajas, y aquellos otros, que solo han ido a engrosar los cinturones de pobreza y miseria cerca de las principales ciudades o que aún permanecen olvidados en muchos de nuestros campos.

La matriz cognitiva que el liderazgo venezolano fraguó en torno al hecho petrolero da para mucho más: no solo contribuyó a modelar una conciencia nacionalista sino que — paradójicamente— nos distanció del petróleo “al sancionarlo como elemento perturbador del orden y anulador de una Venezuela inocente, buena, ineluctablemente triturada en las fauces del monstruo mineral” (Arenas, 1999, p. 5). Arenas destaca que “no se han hecho investigaciones sobre la imagen que el venezolano se hizo del petróleo a partir de aquella matriz, es posible aventurarnos a afirmar que la misma coadyuvó a conformar una identidad negativa en el venezolano con respecto a ese recurso productivo” (1999, p. 6).

La fuerza de la *representatividad* del *motivo* petrolero en la novela venezolana es de suma importancia. La brea milenaria es un monumento, ocupa un lugar privilegiado y fundamental en la economía nacional, es un *motivo* gravitante sobre toda la vida económica, cultural, social y política venezolana. El petróleo es demasiado importante para los venezolanos. Para nosotros, el *oro negro* lo representa todo —es nuestra bendición pero

al mismo tiempo nuestra maldición— porque no hemos logrado diversificar nuestra economía, y menos aún, «*sembrar el petróleo*», como lo propuso Uslar Pietri en el editorial que salió publicado en el *Diario Ahora* el 14 de julio de 1936.

### **Novela del petróleo: ¿una narrativa inexistente?**

Críticos y analistas señalan que la novela del petróleo en Venezuela es *inexistente*. Ejemplo de ello lo encontramos en la introducción que hace Carrera al libro *La novela del petróleo en Venezuela*, ganador del premio municipal de literatura (mención prosa) correspondiente al año 1971, y quien manifiesta:

“Este libro versa sobre *una novela que no existe*. Y no hay en ello ninguna hipérbole. No se da en Venezuela una novelística del petróleo, como por ejemplo, está presente en el ámbito hispanoamericano una novelística de la revolución mexicana, o siquiera con la condición irregular con que sí hay una novela venezolana de la dictadura gomecista” (Carrera, 2005, p. 27).

La del petróleo es una cultura que alcanza áreas de dimensiones que varían de una región a otra, de una clase social a otra, de una persona a otra. “Un estilo de vida definido por rasgos particulares, nacido en un contexto bien definido: la explotación de la riqueza petrolera nacional por empresas monopolistas extranjeras” (Quintero, 1968, p. 21). Y por supuesto, con mucha dificultad y precariamente, la literatura se ha hecho eco de esta problemática. Al respecto Quintero reflexiona lo siguiente:

“Mucho se ha escrito y se escribe sobre el petróleo y sus influencias en la vida del país. Pero fundamentalmente sobre los aspectos económicos del fenómeno. Incluyendo la de los especialistas, la bibliografía sobre la materia, valiosa en otros sentidos, acusa la deficiencia de ignorar o subestimar los aspectos culturales del mismo, de particular importancia como factor de cambio de la manera de vivir los venezolanos durante los últimos cincuenta años” (Quintero, 1968, p. 15).

Es la misma preocupación que manifiesta Núñez al destacar la ausencia de una narrativa en la que el centro de reflexión sea el tema petrolero:

“En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo. Hay escasa información acerca del petróleo, fuera de los datos oficiales, las estadísticas o los lacónicos comunicados de las Compañías. Si se toma el petróleo como punto de referencia, se apreciará la falta de información existente acerca de todo lo demás” (Núñez, 1987, p. 198).

Observaciones con las que coincide el crítico venezolano Campos, quien ha mostrado una profunda preocupación sobre la escasez de estudios referidos al tema. En el libro *Las novedades del petróleo* (1994, pp. 9-10) señala: “podría decirse que el tema petrolero es encarado a regañadientes, perezosamente”, y agrega:

“Quienes escriben la saga del petróleo (...) son seres ausentes, casi diríamos que consignan contra su voluntad. Pocos, poquísimos escritores de oficio y vocación y muchos autores de un solo cuento. Es obvia la *notable indiferencia* mostrada por la literatura de ficción y creación en general ante el asunto petrolero” (Campos, 1994, p. 8).

Arenas en el libro *Las visiones del petróleo 1940-1976* hace énfasis en que:

“La explotación del petróleo ha sido el hecho económico más importante de Venezuela durante el presente siglo. No es posible conseguir ningún análisis serio con respecto al desarrollo económico, social y político venezolano que pueda permitirse ignorar este acontecimiento” (Arenas, 1999, p. 5).

Arenas (1999) destaca que “no ha habido en Venezuela, para el caso de la novela, una producción que permita hablar de una novelística petrolera en el país” (p. 29). El tema es tratado en algunas novelas de modo indirecto, y en otras logra constituir el aspecto central:

“Tomando en cuenta que la novela es uno de los géneros más importantes de la literatura, nos atrevemos a hacer extensiva esta ausencia de la novela petrolera hacia la literatura en general, pues tampoco existe una cuentística del petróleo y menos aún, una poética del petróleo” (Arenas, 1999, p. 30).

Britto García, en su página dominical titulada *Paredesufrir*, publicada en el diario *Últimas Noticias* analiza en profundidad la *ausencia* en Venezuela de una literatura del petróleo:

“¿Por qué los venezolanos deberíamos escribir sobre el petróleo? preguntó en una ocasión Oswaldo Trejo. ¿Acaso los irlandeses tienen que escribir la novela del bacalao y los escoceses la del whisky? Pero los ingleses dedicaron toda una literatura a la expansión marítima, los estadounidenses, laboriosas sagas a la conquista capitalista del Oeste y los franceses copiosas epopeyas al desarrollo de su burguesía. No hay gran potencia que no exprese en su narrativa los procesos económicos, sociales y políticos que la constituyen. Venezuela ha estado a punto de culminar la paradoja perfecta de un *país petrolero sin literatura sobre el petróleo*” (Britto García, 2002, p. 54).

¿Por qué los venezolanos reclamamos la novela del petróleo? Acaso los japoneses exigen la novela de la Toyota; y, como dice Britto García, los irlandeses la novela del bacalao y los escoceses la del whisky. En nuestro país, la renta petrolera ha oscilado — aproximadamente— entre un 41% y 96% de la economía nacional. La presencia del petróleo en nuestra sociedad es demasiado importante como para pensar que el tema de la renta petrolera y su papel fundamental en la sociedad venezolana pasa desapercibido. ¿Por qué no reclamamos a los noruegos, a los ingleses, los colombianos, ecuatorianos o los habitantes de Katar (Qatar) o Arabia Saudí una novela petrolera? Sencillamente porque para ellos, la *cultura petrolera* está relegada a un segundo plano. Para ellos, el petróleo no ha formado su imaginario de país, no han forjado sus instituciones sustentadas en la renta petrolera como el caso nuestro. Son culturas con grandes trayectorias económicas y menos apego a un monoproducto. Para ellos, el petróleo es una cosa marginal, secundaria. En dichos países no hay partidos, ni sociedades, ni grupos, ni sindicatos, ni escuelas, ni

hospitales, ni universidades que viven exclusivamente del petróleo. Contrariamente para los venezolanos, la renta petrolera ha llegado a ocupar un porcentaje muy alto en la economía del país. En Venezuela nos hemos desarrollado gracias al petróleo.

Quintero (1968), Núñez (1987), Campos (1994), Arenas (1999), Carrera (1971, 2005), Britto García (2002) destacan que en nuestra literatura, el tema *petrolero* se ha convertido en el *innombrable*. La conspiración de silencio de nuestros literatos contra los hidrocarburos data desde 1922. El reventón aceitero generó ingresos que tendrían peso decisivo en el presupuesto nacional. A través de él, se determinó la política, la economía, la sociedad y la cultura. Britto García señala que “en Venezuela todo huele a petróleo, salvo la literatura. Quizás se cuenten con los dedos de las manos las novelas en que el *oro negro* es algo más que mención pasajera” (2002, p. 54). Y Campos (2005, p. 6) agrega que el tema del petróleo “ha sido encarado a regañadientes y a ratos con desdén, se le ha construido una identidad donde hay mucha economía, poca sociología y una literatura más bien raquítica”.

Es el silencio de los culpables. Habría que preguntarse ¿cuál es la razón de la inexistencia de una novela petrolera, mientras el país flota sobre un mar de hidrocarburos? Si el petróleo incidió —y aún influye— en la conducta, pensamiento y acción de los venezolanos, en nuestra psiquis y *pasión* vital, ¿por qué existe una carencia evidente en cuanto a estudios e investigaciones que, tomando en cuenta la literatura, aborden la cultura y el *lenguaje* de los venezolanos novelizados, ante la presencia del petróleo en su vida cotidiana?

¿Por qué si el *oro negro* es la base que sustenta la economía venezolana, hay un vacío tan profundo en la narrativa? Si existe la certeza de que se debe dar a conocer el tema, para así crear memorias futuras sobre este mineral lleno de complejidad económica, social y cultural, que nos mueve y conmueve; ¿por qué no se editan novelas, cuentos, poemas, ensayos, canciones, obras de teatro, pintura, escultura, arte y literatura en general, cuyo centro de reflexión sea el petróleo venezolano? ¿Por qué los investigadores, críticos y estudiosos de la literatura, la cultura y el *lenguaje*, obvian o soslayan el tema derivado de la

presencia del petróleo en la narrativa venezolana? ¿Por qué se ha dejado a un lado o no se han realizado estudios profundos sobre el *lenguaje*, el *discurso*, el *léxico* y la *cultura* presente en la narrativa y poesía petrolera, sabiendo que estos textos están pródigamente empapados de expresiones particulares especialmente extranjeras, y resalta en ellos una maravillosa mezcla de gentes, razas, etnias y costumbres, especialmente de la cultura venezolana?

A decir de Britto García (2002), en el caso venezolano, “el *oro negro* financia numerosos industriales que no producen, sino que importan lujos para que unos pocos finjan estilos de vida que nada tienen que ver con el país” (p. 54). De igual manera, el *oro negro* costea a ciertos intelectuales que en lugar de crear, reflexionar e interesarse por este tema de índole nacional, importan modas culturales para consumo exquisito de minorías que simulan disociarse de nuestra realidad. También financia el populismo, que es la tajada de los más pobres para que no pase nada. Y Campos agrega:

“El petróleo no era tema aristocrático para el escritor artístico y quienes lo retomaron, no lo hicieron por necesidad creadora ni expresiva, sino por urgencias políticas; ni siquiera la tradición desmayada de un cierto positivismo sociológico alcanzó a solazarse en lo que ha podido ser un festín de proposiciones. Todavía hoy poco se sabe en Venezuela acerca de esa industria. Los intelectuales demuestran escaso interés por ella. Prefieren apartar los ojos de tales materias. *En el país del petróleo se habla con vaguedad del petróleo*” (Campos, 1994, p. 17).

En ningún momento he querido descalificar los escasos pero valiosos trabajos existentes sobre el tema, tampoco he querido marcar la ausencia total de una narrativa. Este es un tema que merece nuevas y exhaustivas investigaciones.

### **Novela del petróleo en gotas.**

Con el correr de los años la literatura y el arte del petróleo han permanecido como un reservorio del cual se han hecho pocos estudios. Revisarlos hoy día —como lo manifiesta

Rial (2002)— significa abrir las compuertas con diferentes combinaciones, revertir la tendencia al archivo de lo pasado por caduco, para abordar una obra que hoy nos proporciona nuevas fuentes de conocimiento, a partir de la revalorización de un patrimonio literario tanto nacional como latinoamericano<sup>1</sup>, que aún ofrece mucho por explorar.

En el texto *La novela del petróleo en Venezuela* (1972, 2005), Carrera realiza un balance de 52 años (desde 1909, momento en el que se publica *Lilia* hasta 1961, año de publicación de *Oficina N° 1*), que le permite tener el siguiente resultado:

“Más de medio siglo de evolución del tema petrolero en novelas y obras de tipo novelesco; siete novelas que pueden considerarse precursoras en el tratamiento del asunto; cinco que tocan el tema en mayor o menor grado; siete de carácter petrolero propiamente dicho, de las cuales solo cinco pueden considerarse como novelas del petróleo: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra* y *Oficina N° 1*, fragmento de novela una: *Remolino*, y esbozo de novela otra: *Campo sur*. Como se observa, en cuanto a producción novelística petrolera especial el cómputo es pobre, por no decir desolador. En cambio en cuanto al camino recorrido por el tema hasta la actualidad, en relación a la evolución de la gigantesca industria petrolera y a la propia historia del país, el proceso es rico en elementos significativos y aleccionadores” (Carrera, 2005, p. 109).

No es abundante la novela petrolera dice Carrera, sin duda escribirla significaría una ardua tarea. Siguiendo las observaciones de críticos venezolanos como Quintero (1968), Núñez (1987), Campos (1994), Arenas (1999), Carrera (1971, 2005) y Britto García (2002), en nuestra narrativa el petróleo es apenas salpicadura en obras literarias dedicadas a otros temas.

Conuerdo una vez más con Arenas (1999) cuando afirma que “en materia de petróleo es posible constatar una gran ausencia: siendo un país petrolero, en Venezuela poco se ha escrito sobre el petróleo y es insignificante lo que los venezolanos en general

sabemos sobre nuestra principal fuente de sostenimiento” (p. 5). Sin embargo, Rial contradice esta afirmación, pues destaca que:

“Sí existe una narrativa donde convive el intrincado mundo de las corporaciones con diferentes discursos, con espacios y tendencias ideológicas y heterogéneas, que enriquecen el haber cultural y conforman todos ellos un polivalente relato literario del petróleo. Cuentos, ensayos, poemas, leyendas, novelas, dramas, guiones cinematográficos, obras de arte y menes digitales, en los cuales la ficción adquiere mayor realismo que la realidad conocida y donde el creador se enfrenta a un tema totalmente disponible desde el subsuelo del mundo, cuyos personajes se sitúan en un tiempo y espacio históricamente bien determinados” (Rial, 2002, p. 41).

Sin duda alguna, la crítica literaria no discute la presencia del *motivo* petrolero en la literatura venezolana. Estoy plenamente de acuerdo con Rial cuando señala que sí existe — aunque escasa— una narrativa petrolera, lo que la crítica reclama es la *poca existencia* de obras con *motivo* petrolero en un país que ha hecho de la renta petrolera su primordial fuente de sostenimiento económico. El petróleo nos metió en la modernidad, mucho le debemos a él. Nos dio un siglo XX de paz y progreso. Además, nos vinculó con una cultura moderna, con alta tecnología. La historia de Venezuela es muy particular, su paso de una *economía rural-agrícola* a una *economía minero-rentista* ha marcado todos sus avatares.

Es importante resaltar —en la literatura venezolana— la publicación de veintinueve (29) novelas que tienen como *motivo* la presencia del petróleo. No obstante, a pesar de su existencia, *pocas* tocan directamente el petróleo como *motivo* central.

Una parte de la novela venezolana del siglo XX se ha visto influenciada por el impacto que produjo la presencia del petróleo. Diferentes han sido las perspectivas de los narradores. Cada uno ha contado su visión de la historia. Escritores venezolanos como Ramón Ayala, Daniel Rojas, José Rafael Pocaterra, Teresa de La Parra, Rufino Blanco Fombona, Enrique Bernardo Núñez, Mariano Picón Salas, Miguel Toro Ramírez, César Uribe Piedrahita, Ramón Díaz Sánchez, Ramón Carrera Obando, Rómulo Gallegos, Julián



Padrón, Gabriel Bracho Montiel, Mario Briceño Yragorry, Efraín Subero, Arturo Croce, Miguel Otero Silva, Luis Britto García, Alberto Vázquez Figueroa, José León Tapia, Gustavo Coronel, José Balza, Milagros Mata Gil y Juan Pérez Ávila, han ambientado algunas de sus obras —bien sea en pequeña, mediana o gran escala— en los efectos del espejismo de la riqueza petrolera. Veamos en detalle cada una de estas etapas y obras narrativas.

### **Análisis: Presencia histórica-literaria del petróleo en la novela venezolana del siglo XX y parte del XXI**

#### **a) Primer período (1900-1936): tanteos, acercamientos, avistamiento intelectual, tema incidental, simple obligación**

Un primer acercamiento al *motivo* del petróleo en la novela venezolana, podría abarcar desde 1900 hasta 1936, en el que se observa que los *orígenes* son limitados. En este primer *recorrido* de 36 años, solo 10 novelas bosquejan el tema, y representan tanteos, acercamientos, textos precursores.

La primera novela venezolana que asume el tema del petróleo es *Lilia: ensayo de novela venezolana* (1909), escrita por Ramón Ayala, quien se limita a señalar la existencia de algunas minas de asfalto, que son presentadas con gran esperanza, como uno de los recursos fundamentales del país.

La segunda obra de importancia, *Elvia. Novela caraqueña*, escrita por Daniel Rojas fue publicada en Caracas en 1912. Para el momento de la aparición de este texto no se había producido ningún tipo de modificación o progreso significativo en la representación del mundo petrolero en la literatura. Según Carrera ((2005), “Daniel Rojas avanza sensiblemente en el camino de la denuncia de las depredaciones de los yanquis en materia petrolera, al presentar detalles del modo pirático en que intentan apoderarse de una zona rica en yacimientos” (p. 33).

En la tercera novela importante, *Tierra del sol amada*, publicada en 1918 en la ciudad de Caracas, José Rafael Pocaterra ubica la trama en los alrededores del Lago de Maracaibo, una de las zonas geográficas del país donde la presencia del petróleo va tomando más fuerza. Pocaterra no dedica atención especial al tema petrolero. “El interés del autor se orienta hacia la pintura crítica y satírica de la vida social de la capital marabina, con sus tipos característicos, sus prejuicios aplastantes, sus intereses creados y nacientes, sus vicios e hipocresías” (Carrera, 2005, p. 37). Para la fecha han ocurrido hechos transformadores de las perspectivas de la industria petrolera en Venezuela:

“Se había otorgado en 1912 la gigantesca concesión Valladares (doce Estados y el Territorio Federal Delta Amacuro), de inmediato adquirida por la Caribbean Petroleum Company (ahora del grupo Shell), que comportaba el derecho a denuncias de explotación hasta por sesenta años. De otra parte, en la zona de Guanoco, Estado Sucre, la New York and Bermúdez Company había empezado en 1913 la explotación de petróleo, determinando el surgimiento del más antiguo campo petrolero productor de Venezuela. Finalmente, en 1914 la Caribbean Petroleum Company puso en actividad el primer pozo petrolero de gran importancia: el Zumaque N° 1, en el Distrito Baralt del estado Zulia; señalando al mismo tiempo el descubrimiento del campo de Mene Grande, el más antiguo de la región zuliana y uno de los más ricos de todo el país. La significación especial de este hallazgo y de este primer auge en la producción ha establecido que las compañías tomen, para su historia oficial, ese año de 1914 como fecha de iniciación de la industria petrolera en Venezuela” (Carrera, 2005, p. 36).

A pesar de los hechos señalados e incluso al insertar la trama de la novela en los alrededores del Lago de Maracaibo (potencial yacimiento del crudo) Pocaterra soslaya el tema petrolero y se dedica a criticar satíricamente los tipos característicos de una sociedad con hipocresías, vicios y prejuicios.

*Ifigenia* (1924) es considerada al unísono como una de las obras más importantes de la literatura venezolana, sin embargo, según Britto García (2002) “Teresa de La Parra menciona como de pasada que el buen partido de María Eugenia Alonso tiene negocios petroleros”, (p. 54). Lerner sobre la novela *Ifigenia* señala:

“Teresa de la Parra evidencia una nueva realidad que ella expresa siempre con el lápiz a media luz. *Gracias, precisamente, a las facilidades de enriquecimiento rápido que las relaciones con el gobierno y un subsuelo rico en petróleo empiezan a proporcionar*, los venezolanos acaso se hacen menos escépticos o errantes. En el escepticismo del tío Pancho, por ejemplo, se advierte una última ironía disidente. Cuando no escépticos, han sido resignados, con rutina y acentuada importancia hacia la vida chiquita como es el caso de la tía Clara. Los de la nueva *fortuna petrolera* pueden tener talento, ser finos, cultivados, pero, finalmente, egoístas, seguidores como Gabriel Olmedo. O ampulosos, vulgares hombres del régimen como el doctor César Leal. En la pechera cuajada de rubíes del antipático doctor Leal, en su Packard imponente, en el solitario que lleva entre los dedos como un tercer ojo, en sus discursos altisonantes y de mal gusto, *Teresa de la Parra anticipa magistralmente el país petrolero de los años por venir en su insolente vertiente de nuevo riquismo*”. (Lerner, s.f., p. 1)

*La bella y la fiera* (1931) de Rufino Blanco Fombona aparece cuando en Venezuela ya se han operado cambios importantes no solo en las perspectivas del habitante, sino en la realidad de la industria petrolera. “La transformación es tan radical que ya puede hablarse de una *economía petrolera* y de un *poder político petrolero*” (Carrera, 2005, p. 38). En esta novela Blanco Fombona presenta diversos aspectos de la situación política y social del país. Describe los campos petroleros como una región agreste y distante, donde impera la ley del más fuerte. A decir de Carrera (2005), “es en esta novela donde Blanco Fombona plantea por primera vez, en la narrativa venezolana, la lucha sangrienta entre las dos fuerzas enfrentadas: los trabajadores petroleros y las trasnacionales” (p. 39).

En *Cubagua* (1931) Enrique Bernardo Núñez “describe en las últimas líneas, manchas irisadas sobre las olas que advierten que el petróleo podría reabrir en Venezuela un ciclo de degradación ecológica y social como el que inauguró la explotación de las perlas y los buzos esclavos” (Britto García, 2002, p. 54). Para el rastreo de la huella petrolera, *Cubagua* ofrece algunos puntos de referencia, entre los que se pueden citar los siguientes:

“En primer lugar, una alusión al atractivo de los campos petroleros para los trabajadores de zonas lejanas, en este caso, la Isla de Margarita, y en especial para

aquellos que se encuentran sin ocupación o sumidos en la miseria. [...] De otra parte, la novela muestra, con relación al petróleo, un claro ejemplo del doble plano histórico que la compone. Así, Cedeño hace referencia a la existencia de yacimientos *petrolíferos* en la Isla de Cubagua, y de inmediato la mente de Leiziaga comienza a proyectarse primero hacia el pasado lejano. [...] Para luego lanzarse con *pasión* hacia un futuro ambicionado, donde la moderna explotación petrolera modificaría toda la vida de la isla, impulsada por el cambio económico y demográfico, y en última instancia regido por el sello de propiedad estampado en lengua inglesa, o más bien norteamericana” (Carrera, 2005, p. 41).

*Cubagua* ofrece además, una breve y vigorosa caracterización de la atmósfera que privaría en el supuesto campo petrolero isleño, todo en una alucinante combinación de vida y muerte, de progreso y confusión, de elementos históricos que se repiten: el tráfico de aventureros, la contratación de negros, las embarcaciones que parten hacia puertos extranjeros, etc.

*Odisea de tierra firme* (1931) de Mariano Picón Salas coincide con las perspectivas de una mirada nostálgica y desesperanzada frente al país. Esta novela alude a la entrega de la riqueza petrolera nacional a los yanquis por parte del dictador Juan Vicente Gómez. “Al hablar de la situación general del país en la época, Picón-Salas destaca cómo los yanquis entraron a Venezuela en plan de dominadores gracias al general Gómez, con base al hecho histórico de que en el curso de la dictadura del déspota andino fueron entregadas de manera indigna las riquezas petroleras nacionales a los imperialistas del Norte. Y hace resaltar las buenas relaciones entre ambos países, representadas en la persona del embajador yanqui en Caracas, quien a más de su sueldo de diplomático, recibe un emolumento especial del general Gómez” (Carrera, 2005, pp. 43-44).

Con esta novela Picón Salas enfatiza las relaciones entre el *poder civil* y el *poder petrolero*, plantea por primera vez el tema oprobioso del servil abogado criollo que defiende los intereses de las compañías por encima de los de su propio país.

*El señor Rasvel* (1934) de Miguel Toro Ramírez hace referencia a la explotación petrolera por parte de las empresas extranjeras. *El señor Rasvel* no es propiamente una novela petrolera; pero se presenta como la primera novela venezolana cuyo tema está ligado directamente a una situación derivada del auge de la explotación del petróleo en el país. Podría objetarse que, a fin de cuentas, la empresa petrolera que aparece en la obra es solamente un elemento de fondo, que rodea y hace tal vez más verosímiles los manejos de Rasvel; ya que la misma trama hubiera podido sustentarse sobre una situación semejante en otro tipo de empresa, no petrolera, con solo bajar las elevadas cifras de los beneficios y adecuar la terminología comercial a la rama específica de que se tratase. Junto al retrato de Rasvel, la obra contiene varias alusiones y tratamientos directos del *motivo* petrolero. En esta novela, Toro Ramírez despliega la potencia de los espacios interiores de una *intimidad* en la cual unos temperamentos discurren desde lo visceral, como fuera de observación, superando el cliché de lo nacional idílico y lo extranjero acechante.

*La bella y la fiera* (1931) de Rufino Blanco Fombona, *Cubagua* (1931) de Enrique Bernardo Núñez, *Odisea de tierra firme* (1931) de Mariano Picón Salas y *El señor Rasvel* (1934) de Miguel Toro Ramírez son novelas en las que el *motivo* petrolero es apenas mencionado, a pesar de que los sucesos ocurridos en la explotación del oro negro en Venezuela pueden considerarse altamente importantes, definitivos, de extraordinaria significación no solo en cuanto al auge de producción, sino en todo lo concerniente a repercusiones económicas, políticas, sociales y culturales en la búsqueda del desarrollo en la vida nacional. En estos primeros 34 años del siglo XX, la empresa petrolera ha avanzado, se ha afianzado y ha pasado a formar parte de la cotidianidad del venezolano. No obstante, la literatura permanece indiferente.

Fue en 1917 cuando comenzaron las exportaciones petroleras, iniciándose así la principal fuente de ingresos para el país. Hasta entonces la economía venezolana había dependido esencialmente de la agricultura (especialmente la producción de cacao y café), a la cual se dedicaba la mayor parte de la población activa. El predominio del petróleo como factor dominante empezaría un lustro después (exactamente en diciembre de 1922) cuando

ocurrió el primer reventón de crudo en el pozo “Los Barrosos N° 2”, del campo La Rosa (Estado Zulia). Es la génesis de la gran locura petrolera. En 1929, poco después del gran reventón de Los Barrosos, 73 compañías exploran el país en búsqueda de petróleo. La codiciada brea se constituye en el eje de los cambios, de las transformaciones de los distintos acontecimientos políticos y económicos en el país (grandes compañías petroleras —con inversión extranjera— afianzan y consolidan al gobernante Juan Vicente Gómez). Aparecen los grandes *trusts* petroleros mundiales, fundados sobre capitales ingleses, holandeses y norteamericanos que predominan en la política internacional y venezolana. Por otra parte, el cambio no tarda en hacerse sentir en la economía del país hacia 1926, el café es desplazado por el petróleo en la primacía de la exportación. Carrera confirma que en 1934 el incremento de la explotación petrolera en Venezuela podría evidenciarse con una cifra:

“47 compañías operan por medio de 140 subsidiarias. La mayoría de ellas desaparecerán algún tiempo después, decaídas por la competencia de las mayores o absorbidas por estas; pero en aquel momento forman parte del atractivo auge creciente. (...) Ya se cuenta con una Oficina Técnica de Hidrocarburos en el Ministerio de Fomento, de donde salen becados al exterior jóvenes ingenieros, a prepararse para realizar una labor que ha protegido los intereses de la nación” (Carrera, 2005, p. 38).

En 1935 el colombiano César Uribe Piedrahita publica en Bogotá la novela *Mancha de aceite*, primera novela que tiene como eje central de modo íntegro el tema petrolero: sus ambientes, personajes, problemas y perspectivas. *Mancha de aceite* ha sido poco estudiada y valorada por la crítica, al considerársele como una obra narrativa colombiana, a pesar de que su temática transcurre en la población zuliana-falconiana y poblaciones del oriente venezolano.

En el proceso general del desarrollo de la novela del petróleo en Venezuela, según la crítica literaria, *Mancha de aceite* es la primera novela petrolera propiamente dicha: ambiente, espacios, personajes, problemas, perspectivas, toda su trama y sus acciones pertenecen a la vida de los campos petroleros venezolanos de Zulia y Falcón. Según la

crítica literaria, *Mancha de aceite* se asienta sobre vivencias personales del autor. La obra nace de experiencias directas de Uribe Piedrahita durante su permanencia como médico en compañías explotadoras del petróleo en zonas de los estados Zulia y Falcón. De allí, sin duda, que la novela resulte tan convincente, tan palpable como cosa verdadera. Este hecho (la base vivencial) es excepcional y único en el pequeño grupo de novelas del petróleo en Venezuela.

Con esta obra ha ocurrido un hecho que si bien la ha perjudicado grandemente en cuanto a su estudio y valoración por parte de la crítica, también establece, al mismo tiempo, los extraordinarios alcances del producto literario, que no acepta estrictamente fronteras nacionales, así estén estas, con toda claridad, trazadas en los mapas y celosamente vigiladas por guardias en la realidad. La circunstancia es la siguiente:

“*Mancha de aceite* novela con asuntos enmarcados en ambientes venezolanos, escasamente se le comenta en textos críticos colombianos, y a veces apenas si se le nombra, como si se dudase de su derecho a ser considerada como novela colombiana; y de otra parte, como *Mancha de aceite*, a pesar de captar realidades venezolanas, es de autor colombiano, en los manuales y esquemas de historia literaria de Venezuela no se le incluye, temerosos los pocos que la han leído de que parezca demasiada pretensión conceptuar como venezolana una novela de un escritor nacido del otro lado de la frontera. Así, *Mancha de aceite* se encuentra sin una ubicación nacional fija, en la curiosa condición de novela apátrida, al parecer sin derecho a tener lugar propio en una literatura regional definida” (Carrera, 2005, pp. 50-51).

Más allá de esa lamentable y absurda situación de nacionalidad indefinida, el hecho concreto es que *Mancha de aceite* posee una destacada significación en la historia de la novela venezolana. Y con referencia al desarrollo del tema del petróleo en Venezuela, esa importancia es fundamental.

Un año después (1936), aparece en Caracas la primera novela petrolera de autor venezolano: *Mene* de Ramón Díaz Sánchez. Esta obra articula y da cuenta de las

transformaciones ocurridas en poblaciones zulianas (Cabimas, Lagunillas y sus alrededores), a causa del inicio de la explotación petrolera.

En estos primeros 36 años del siglo XX, aparecen 10 novelas: *Lilia: ensayo de novela venezolana* (1909) de Ramón Ayala, *Elvia, novela caraqueña* (1912) de Daniel Rojas, *Tierra del sol amada* (1918) de José Rafael Pocaterra, *Ifigenia* (1924) de Teresa de La Parra, *La bella y la fiera* (1931) de Rufino Blanco Fombona, *Cubagua* (1931) de Enrique Bernardo Núñez, *Odisea de tierra firme* (1931) de Mariano Picón Salas, *El señor Rasvel* (1934) de Miguel Toro Ramírez, *Mancha de aceite* (1935) de César Uribe Piedrahita y *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez.

De estas obras *Lilia* (1909), *Elvia* (1912), *Tierra del sol amada* (1918), *Ifigenia* (1924), *La bella y la fiera* (1931), *Cubagua* (1931), *Odisea de tierra firme* (1931) y *El señor Rasvel* (1934) incluyen pequeñas y superficiales pinceladas del tema petrolero. Pero también aparecen dos obras fundamentales: *Mancha de aceite* (1935) de César Uribe Piedrahita y *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez, que presenta el petróleo como algo maravilloso, como una especie de maná caído del cielo. En ambas, sin embargo, el oro negro no está cabalmente representado en la literatura, ni siquiera irregularmente, solo se asoma desde el avistamiento intelectual, quizás como circunstancia, tema incidental o simple obligación. Petróleo que surge, declina y siempre desaparece.

#### **b) Visión histórica-literaria del primer período (1900-1936)**

No es casual el momento en que aparecen estas novelas pues tienen que ver con ciclos importantes de la historia venezolana y la historia del petróleo. A fines de 1908, Cipriano Castro enferma y tuvo la necesidad de ausentarse del país en viaje a Europa. Juan Vicente Gómez (su más activo y eficaz colaborador) reacciona enseguida, se posesiona del mando y se mantiene en el poder hasta diciembre de 1935 fecha de su muerte, a la edad de 78 años. Durante 27 años es el dictador absoluto de Venezuela, siendo su gobierno el más duro, largo y trágico que ha vivido el país en toda su historia. Por coincidencia histórica, es



con Juan Vicente Gómez que inicia la era de la exploración y explotación petrolera en Venezuela.

Sin embargo, aunque el *inicio* de la novela petrolera es más o menos contemporáneo con el *comienzo* de la actividad petrolera en Venezuela, en la narrativa el tema del petróleo surge tímidamente, desde el desconocimiento, pues para la sociedad del momento el *oro negro* era un tema ignorado, inexplorado. La primera *Ley de Hidrocarburos* (vigente del 19 de junio de 1920 al 2 de junio de 1921), tal como lo había propuesto Gumersindo Torres desde que se encargó del Ministerio de Fomento, se consagró explícitamente a regir la exploración y explotación de los yacimientos de hidrocarburos, carbón y demás minerales combustibles similares. (Polar, 2000).

Este período *inicial*, ocurre en una sociedad rural, primordialmente agrícola y extremadamente tradicionalista. A partir de 1917 comienzan tímidamente los movimientos de personas del campo a la ciudad, y en 1925 se incrementa cuantitativamente. Por primera vez exportamos más petróleo que café.

**c) Segundo período (1937-1961): pequeñas transformaciones, publicaciones incompletas, borradores de novela**

Una segunda etapa de este *recorrido* ha sido restringida desde el año 1937 hasta 1961. Son 24 años de una Venezuela que ha cambiado sus condiciones económicas y ocupa el segundo lugar como productor de petróleo en el mundo; auge acrecentado —en parte— por la exigencia en hidrocarburos provocada por la segunda guerra mundial (conflicto militar global que se desarrolló entre 1939 y 1945). Sin embargo, la novela venezolana que tenía intenciones de tocar algunos aspectos del hecho petrolero, continúa desligada del tema. Hasta la aparición de *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva se sigue relatando la etapa inicial de las exploraciones y las primeras explotaciones del petróleo venezolano.

En esta segunda etapa del *recorrido* (período 1937-1961), puede observarse la presencia de 11 novelas que exigentemente rozan el tema petrolero. Así encontramos a *Remolino* (1940) de Ramón Carrera Obando, una novela publicada en forma incompleta y en la que el alud petrolero es la única obsesión válida, “en su nombre todos los cambios adquieren significación primordial en la nueva etapa que viven las poblaciones sacadas de su anterior economía agrícola, y todo se justifica en aras del progreso” (Carrera, 2005, p. 71).

En 1943 Rómulo Gallegos publica *Sobre la misma tierra*, novela donde muestra ligeras pinceladas del tema petrolero venezolano. Es una obra en la que contraponen la miseria del indígena venezolano y la riqueza sorprendente y ajena del petróleo. Es una época en la que en Venezuela se logra un notable ascenso en la producción y exportación del petróleo gracias a las necesidades surgidas en la segunda guerra mundial. Sin embargo, si bien la novela venezolana aún permanecía en silencio ante la presencia del petróleo, aparece cierta crítica que inicia una etapa de reflexión y consideración atenta del problema petrolero. Desde 1936 Arturo Uslar Pietri impone el eslogan de *Sembrar el petróleo*, para que se discutiera seriamente sobre la incidencia del aumento o descenso de la producción petrolera en la economía del país, sobre todo en cuanto a los planes de inversión y reimpulso de la agricultura y la ganadería.

En esta novela Gallegos explora una de las regiones más ricas e interesantes de la geografía venezolana: el Zulia. La pujante industria petrolera, en sus comienzos, el paisaje impresionante, así como la vida mítica de la Goajira, constituyen la materia prima de esta obra. La trama es de hondo contenido social. Narra la vida aventurera de Demetrio Montiel, hijo de distinguida familia marabina, que se dedica al contrabando de mercancías por la frontera colombiana y a la venta de indios goajiros para el trabajo agotador en las haciendas, pertenecientes a poderosos y desalmados terratenientes. No para aquí la actividad de *Montiel de los Montieles*, como él —en tono jocoso— se llamaba, sino que se dedica al descubrimiento de los grandes pozos de petróleo a orillas del Lago de Maracaibo. Él se incorpora a una nueva vida donde «danzan los millones», a través de ventas de

terrenos a las grandes compañías explotadoras del subsuelo de la región zuliana. Valiéndose de su probada argucia de contrabandista, puede embaucar a viejos propietarios y conseguir algunas ganancias. Pero un buen día, Demetrio Montiel después de haber saciado toda su sed de aventuras y maldades, se quita la vida. Sin embargo, su sangre ha echado raíces en la raza goajira. Aparece una hija mestiza, producto de sus andanzas por la comarca indígena, que había sido educada por su tío en los Estados Unidos de Norteamérica. A la muerte de sus padres adoptivos, la joven regresa al Zulia. Se llama Remota Montiel y oyendo el reclamo de su raza (que latía muy adentro de su corazón) dedica su existencia por entero a la reivindicación de la gran familia goajira, en proceso de destrucción. Como puede observarse, los problemas de la región petrolífera del Zulia, mezclados a la triste existencia de los indios goajiros, que esperan la civilización, pasan con fidelidad y profundo sentido social, por esta obra maestra de Rómulo Gallegos. Destacados personajes de esta novela —además de Demetrio Montiel y su hija Ludmila Weimar o Remota Montiel— son: Venancio Navas y Adrián Gadea. En cuanto al paisaje en *Sobre la misma tierra*, subraya lo humano y la acción de los personajes que se sobreponen al paisaje. (Díaz Seijas, s.f., p. 1).

En 1944 Julián Padrón publica *Clamor campesino*, novela que aspira a presentar aspectos determinantes de la vida de los campesinos del estado Monagas, entre ellos el de las dificultades que encuentran para dar salida a los frutos y hortalizas que cultivan.

En esta novela el escritor vuelve por el camino de sus textos que dominan la vida de los campesinos, de las aldeas y pobladores venezolanos. Allí el lector asiste al conflicto entre el latifundio y los hombres de machete. El argumento tiene la fuerza de su protesta y la denuncia. El autor nos ofrece una nueva puesta en escena del jefe autoritario y ladrón, que abusa del pueblo. En *Clamor campesino*, Julián Padrón recalca las dificultades que encuentran los trabajadores del campo para sacar sus cosechas hacia la ciudad. El autor, inmediatamente relaciona esa circunstancia con la presencia próxima de los campos petroleros. Según Carrera (2005, p. 80) “todo parece muy lógico y natural, y Padrón ofrece la visión idealista —y conciliadora de intereses opuestos— de las Compañías petroleras

como posibles mercados para los productos de los agricultores y los hacendados cafetaleros de la región, a condición de tener buenas carreteras”.

En 1946 José Rafael Pocaterra publica *La casa de los Abila*, ejemplo de la alusión incidental del asunto petrolero en la novela venezolana. “El petróleo importa a la acción por cuanto significa una perspectiva de mayor riqueza para Juan de Abila, cuya recuperación económica se asentaba en el trabajo agropecuario” (Carrera, 2005, p. 81). La presencia directa del tema es mínima.

En esta obra, Pocaterra hace que el heredero de una familia arruinada descubra en su hacienda un manadero de brea, oportunidad para superar la quiebra o reincidir en ella. En *La casa de los Abila*, el problema petrolero no forma parte de la trama de la novela, solo surge, por la vía indirecta, un aspecto elemental del asunto, una mención pasajera. El problema petrolero no es analizado, enjuiciado, ni cuestionado. Pareciera una referencia obligatoria. Con *La casa de los Abila*, es la segunda vez que Pocaterra asume el tema petrolero en sus novelas. En 1918, en *Tierra del sol amada* había apuntado el sentido y los efectos del petróleo en la tierra venezolana, lo que él llamó: la *nueva conquista*. Con esta novela, el autor intenta destacar la importancia creciente que el petróleo ya tiene en el país, hasta el extremo de afectar los más diversos aspectos de la dinámica venezolana y de la vida de sus habitantes.

En 1954, Gabriel Bracho Montiel publica en forma incompleta *Guachimanes*, una valiente novela de medianas proporciones sobre el tema petrolero. *Guachimanes* (nombre criollizado de los vigilantes que en lengua anglopetrolera se llaman *watchmen*). Sobre este texto Carrera señala lo siguiente:

“Con toda intención al respecto subtitula su libro *Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo*, y en nota de solapa enfatiza su punto de vista al afirmar que «este libro no es una novela» y que fue escrito como apuntes para «organizar precisamente una novela». Añade que así se quedaron para siempre los apuntes, integrando ahora doce crónicas «que apenas se enganchan hasta aparentar una sola narración». En verdad solo el primer cuadro, *Uno menos*, queda desgajado del conjunto como relato diferenciado; los once restantes son partes —tal vez poco

desarrolladas de acuerdo a los planes del autor— de un todo, de una novela en ciernes o decididamente de una novela breve” (Carrera, 2005, p. 82).

*Guachimanes* hace énfasis en temas como la complicidad oficial, la aparición del espíritu de clase entre los trabajadores, el yanqui revolucionario, la marcha del aparato imperialista, el proceso de mantenimiento y progresión de la rebeldía, así como ciertas descripciones de ambientes y de procedimientos del abuso de las autoridades y del robo al fisco.

Miguel Otero Silva publica *Casas muertas* en 1955, novela que se constituye como la parte inicial de una historia que finaliza en *Oficina N° 1* del mismo autor. *Casas muertas* es la primera obra de Miguel Otero Silva del ciclo destinado a plasmar, en extensión y profundidad, una pequeña parte de la historia de Venezuela. Esta novela es la crónica de un pueblo tropical, Ortiz, condenado a desaparecer por la decrepitud de sus propias estructuras y el desánimo de sus antiguos pobladores. Los personajes nostálgicos que actúan en esta obra, expresan la esperanza y la determinación de buscar una salida en medio de la desolación. Tal es el caso de Carmen Rosa Villena —protagonista de esta historia— quien *incoa* la idea de abandonar Ortiz, presa de *temor* y cargada de *esperanzas*, para iniciar una nueva vida en la *moderna Venezuela*. Modernidad que nace, crece y se desarrolla gracias a la presencia del petróleo, narrada y descrita en detalle en la novela *Oficina N° 1*.

Con *Casandra* (publicada en 1957) Ramón Díaz Sánchez vuelve 21 años después a los ambientes petroleros, quizás con el afán de completar y enriquecer lo que inició en 1936, pues *Mene* se presenta bajo una perspectiva de la experiencia directa o visiones reales del conocimiento inmediato que el autor tiene de los campos petroleros. En cambio, *Casandra* es una obra más elaborada (se observa más trabajo de escritorio), hay un profundo proceso intelectual en la *construcción discursiva* del tema petrolero.

En 1957 —en plena dictadura perezjimenista— aparece *Los Riberas* de Mario Briceño Iragorry. El fondo de realidad histórica de la obra y el subtítulo que el autor le dio:

“*Historias de Venezuela*”, hacen bastante fácil observar que no se trata de una novela propiamente dicha. “*Crónicas noveladas, historia novelesca, memorias noveladas*, tal vez alguna de estas clasificaciones híbridas le cuadre mejor que la concreta de *novela* o de *historia*” (Carrera, 2005, p. 92). En esta obra, Briceño Iragorry resalta un elemento fundamental: entre todos los perjuicios ocasionados por el petróleo al país, nada es peor que el mal moral.

“Allí se concentra el efecto nocivo; es el aspecto más profundo e indeleble: la mancha espiritual, la desorientación, el imperio de la ambición monetaria. En el fondo es la subversión de valores que hace, por ejemplo, que a la muerte de Gómez se hable con entusiasmo de la “riqueza” petrolera que encierra Venezuela, sin que se advierta la “atrofia cívica” a que ha sido reducida. [...] De allí que el autor ofrezca una especie de símbolo del petróleo en estas palabras: en el subsuelo *duerme el petróleo un sueño de riqueza y de progreso, capaz de resolverse en diabólica pesadilla y en pestilente estercolero*” (Carrera, 2005, p. 97).

Efraín Subero publica en 1960 el esquema novelesco *Campo Sur*. Nuevamente es el caso de una obra que en rigor no es una novela, aunque sí el proyecto, el germen de una novela. Esta obra “resulta de las experiencias del autor en un período de permanencia activa en la zona petrolera de San Tomé (Estado Anzoátegui), en 1956” (Carrera, 2005, p. 98). Efraín Subero narra y describe lo que palpó directamente, en actitud de vigorosa sinceridad y en función de un presente. El relato de esta novela da la sensación de estar en contacto con el ambiente del campo petrolero. Sus textos transmiten las interioridades, las percepciones profundas, los planteamientos de cada día. Narra en detalle el vivir en el campo petrolero. *Campo Sur* “aparece como el único intento hecho hasta ahora en terrenos novelescos de captar etapas actuales del mundo particular de la explotación petrolera en tierras venezolanas” (Carrera, 2005, p. 101).

Al año siguiente (1961), aparece en Caracas la novela de Arturo Croce *Talud derrumbado*, otro ejemplo de la presencia complementaria del tema petrolero en novelas no dedicadas al tópico en especial. En esta obra, el tratamiento del tema petrolero resulta

suplementario, como inclusión completiva y forzada. Pareciera que el tema petrolero es tratado por obligación. No puede faltar alguna alusión a fundamento tan decisivo como el petróleo y sus efectos transformadores. “La visión de Croce del problema petrolero es esencialmente negativa, disipadora de la perniciosa quimera de la bonanza de los campamentos. La corrupción y la alteración del ritmo sereno de vida causada por el petróleo, llegaban como nuevos males junto con la guerra, la especulación, los abusos, el mundo para los zánganos” (Carrera, 2005, p. 100). La *tesis del petróleo perverso* toma mayor fortaleza con este autor. Prevalen narraciones donde la explotación petrolera se constituye como elemento de desgracias y perjuicios que actúan directamente sobre el hombre del pueblo.

En 1961, en Caracas, sale al público *Oficina N° 1* de Miguel Otero Silva, intermedia del presente itinerario petrolero en la novelística venezolana. Esta es una obra del petróleo propiamente dicha. Su trama, su sentido, su proyecto, pertenecen de manera directa al mundo petrolero.

Otero Silva inicia *Oficina N° 1* con la reparación del camión conducido por un trinitario y en el cual viajaban Doña Carmelina y Carmen Rosa Villena acompañadas de Olegario —vehículo que había iniciado su marcha al finalizar la novela *Casas muertas* (1955)—. Esta parte del relato se ambienta magistralmente en grandes extensiones de llanuras y vastas sabanas de los llanos centrales y orientales venezolanos que sirven de escenario para el despliegue de toda una narrativa. La silenciosa soledad de aquella tierra, el andar indeciso, mortificante y accidentado del torpe camión, el rezo quedo y lastimoso de Doña Carmelita, todas esas cosas juntas enmarañaron la mente de Carmen Rosa Villena y empezó a sentir *miedo*: quizás habría sido más juicioso quedarse entre los escombros de las *Casas muertas*, a vivir su sentencia de morir de fiebre, a esperar como las casas, su destino de agobio y desintegración.

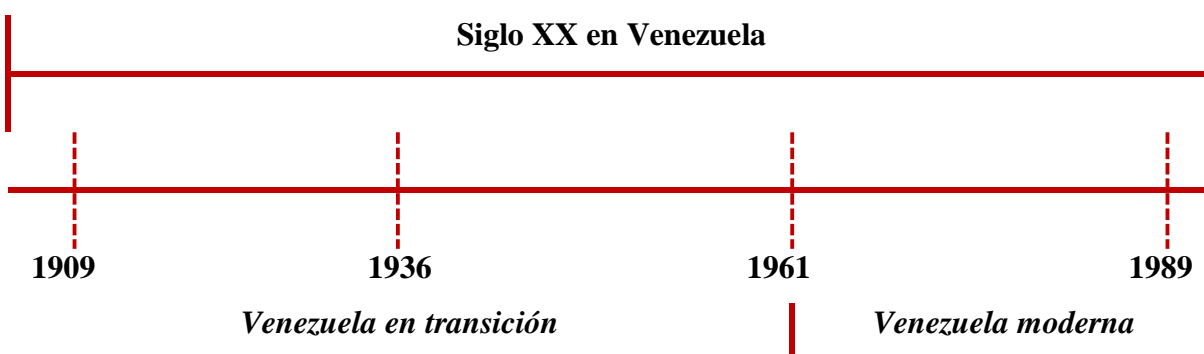
*Oficina N° 1* destaca la lucha contra el gomecismo y el imperialismo (tiene una visión de izquierda). Aparecen formas organizadas de sindicalismo, de partidos políticos, de lucha

contra el poder (gomecismo). Estamos en presencia de una sociedad que tiene organización social, que empieza a constituir y a demandar un estilo de vida más moderno, cambiante. *Oficina N° 1* se presenta como una novela en la que se comienza a describir una modernidad naciente. Sus identidades discursivas aceptan el cambio y promueven la modernización. Ya no hablan de volver al campo. Se fomenta la ciudad, la modernización, la vida urbana.

En este segundo período de 24 años, se publican once (11) obras en total: *Remolino* (1940) de Ramón Carrera Obando, *Sobre la misma tierra* (1943) de Rómulo Gallegos, *Clamor campesino* (1944) de Julián Padrón, *La casa de los Abila* (1946) de José Rafael Pocaterra, *Guachimanes* (1954) de Gabriel Bracho Montiel, *Casas muertas* (1955) de Miguel Otero Silva, *Casandra* (1957) de Ramón Díaz Sánchez, *Los Riberas* (1957) de Mario Briceño Yragorry, *Campo Sur* (1960) de Efraín Subero, *Talud derrumbado* (1961) de Arturo Croce y *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva. Algunas entran en la categoría de novela y otras se pueden caracterizar bajo la condición de obras de tipo novelesco, por publicarse de forma incompleta o ser simplemente borradores de novela. De estas obras, ocho tocan el tema petrolero en mayor o menor grado; dos de ellas: *Casas muertas* y *Casandra* le dan al tema petrolero un sitio de importancia, y solo *Oficina N° 1* (1961) puede considerarse como novela del petróleo propiamente dicha.

#### d) Visión histórica-literaria del segundo período (1937-1961)

Para comprender mejor el hecho histórico en relación con el petróleo, dividamos el siglo XX en dos partes:





Históricamente este segundo período abarca del 1936 al 1958. Pertenece a los inicios del desarrollo de una sociedad eminentemente urbana, en la que destaca el surgimiento de la industrialización y la tendencia hacia la democratización.

La llamaremos *Venezuela en transición*: ha dejado de ser una sociedad rural para transformarse en una sociedad urbana, aspecto que toca magistralmente Miguel Otero Silva en *Oficina N° 1* (1961). Una obra que se inicia con la llegada de tres personajes (Carmen Rosa Villena, Doña Carmelita y Olegario) a un sitio desolado, una planicie en la que solamente hay 6 casas de barro y termina con el recorrido que hace el mismo personaje (Carmen Rosa Villena) por la gran ciudad que se ha formado gracias a la presencia de la industria petrolera. Por *transición* se entiende la superación del atraso que representan las sociedades rurales, mediante el desarrollo de las fuerzas productivas hacia la industrialización, concebida como un modo de producción más eficaz para proveer a la sociedad de sus bases materiales. Tanto en *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez como en *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva se destaca este *proceso transformador*, que se acentúa en el uso de nuevas formas de tecnología en todos los ámbitos de la vida social, enaltecida por la presencia de la industria petrolera, el desarrollo de las comunicaciones, la expansión de los servicios públicos, los cambios radicales en las formas de ocupación y trabajo dentro de la sociedad.

¿Pero qué está pasando realmente en la actividad petrolera de este período? El petróleo se está convirtiendo en tema central del debate político en Venezuela: en 1936 se produce la primera huelga petrolera y aparecen los sindicatos como un tema nuevo para la literatura, que de manera explícita recogen obras como *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva y *Guachimanes* (1954) de Gabriel Bracho Montiel. Un hecho importante a destacar en esta etapa son las distintas modificaciones a la *Ley de hidrocarburos y demás minerales combustibles* realizadas el 5 de agosto de 1936 y el 13 de julio de 1938, hasta que el gobierno del presidente Isaías Medina Angarita anuncia el 17 de julio de 1942 la decisión de someter a revisión la legislación petrolera con el declarado objetivo de aumentar los ingresos fiscales, lograr una mayor participación del Estado en la riqueza del subsuelo y

fomentar la refinación de petróleo en el territorio nacional. En febrero de 1943, se inicia en el Congreso Nacional la discusión sobre esa materia, culminando en la sanción de una nueva *Ley de Hidrocarburos*, el 13 de marzo de ese mismo año.

Como puede observarse en este período 1936-1961, históricamente se han producido importantes acontecimientos que la literatura asume. El petróleo es visto ahora como un tema vital para el país, aspecto que se nota en la *Ley de Hidrocarburos* de 1943, en la que se amplían las facultades administrativas y técnicas del Estado sobre la industria extractiva. También son limitados tanto los derechos de traspaso como los privilegios de expropiación de las Compañías, reafirmandose la potestad de la Nación para indagar acerca de las operaciones técnicas y los procedimientos contables de las empresas explotadoras. Según esta Ley, el Estado pasa a ser el único propietario del recurso mineral. El petróleo pasa a convertirse en un tema nacional.

En 1958 se establece otra forma de gobierno. Para este momento Venezuela se ha industrializado (en términos económicos) y se está empezando a democratizar (en términos políticos). Otro aspecto trascendente sucede el día 14 de septiembre de 1960, cuando Arabia Saudí, Irak, Irán, Kuéit y Venezuela crean la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP); se inicia así un ciclo de búsquedas del dominio del Estado venezolano sobre el recurso mineral que va a culminar en 1975 con la Nacionalización del petróleo.

#### **e) Tercer período (1962-2010): ausencia**

La tercera etapa del *recorrido* que intenta abordar la breve historia del tema petrolero en la novela venezolana ha sido restringida a los años 1962-2010. En este período de 48 años, las novelas que tienen como eje primordial la problemática petrolera tienden a desaparecer. Veamos en detalle cada una de ellas.

En 1977, Arturo Croce publica *Petróleo, mi general*. En esta novela el autor toma como marco de su trama un pasado no demasiado remoto de la historia de Venezuela: la

década del cincuenta e inicios del auge petrolero. *Petróleo, mi general* es una obra extensa. Su valor se encuentra, justamente, en el prodigioso aliento con el que el autor sostiene el hilo de su narrativa. En *Petróleo, mi general* Croce toma un grupo de personajes pertenecientes a diversos estratos sociales, pero profundamente enraizados en las circunstancias de la época; los protagonistas pertenecen a los dos extremos de la sociedad: de un lado, encontramos los seres marginados que merodean alrededor de la miseria, la basura, la pobreza total; del otro, aquellos personajes que detentan el poder y abusan de él.

En 1979 aparece *Abrapalabra* de Luis Britto García, novela ganadora del premio Casa de las Américas. Esta obra está llena de una enorme riqueza de técnicas y niveles narrativos, deslumbramiento y sorpresa. Según el propio autor “el hidrocarburo es campo de batalla de la primera gran huelga nacional y movilizador de gran parte de las tramas de mi novela *Abrapalabra*” (Britto García, 2002, p. 54).

En 1983, Alberto Vázquez Figueroa embetuna los taladros de *Marea negra* con un relato de espionaje político, ambientado en la Venezuela de 1970, donde destacan los vaivenes del embargo petrolero y las relaciones conflictivas con los países de la OPEP. Esta novela destaca que a finales de la década de 1970, y tras la gran crisis del petróleo de 1973, que no fue más que el punto álgido de una remontada de precios que se había iniciado en la década anterior, una comisión del Mercado Común, encarga a una joven francesa una difícil misión: conseguir que Venezuela se separe de la OPEP, rompa su dependencia económica con Estados Unidos y acepte la tecnología europea a cambio de vender al viejo continente todo el petróleo que necesita, a precio razonable, durante cinco años.

En 1987, el médico y escritor venezolano José León Tapia publica la novela *Viento de huracán*. Esta obra continúa con la saga creativa afincada en el recuerdo y en una tierra pródiga en leyendas. Es un mundo donde los personajes aparecen y se escapan. Es la historia de los hombres que viven el drama cotidiano sin perspectivas. Se encuentran aplastados y, a duras penas, sobreviven, atrapados en frustraciones y en la tenue percepción de oscuras salidas. Es el toque desconyuntador de la explotación petrolera en tierras del

llano. En esta obra se asiste a la cita entre el pasado de gestas y el presente de hazañas truncadas por la desolación. Sanoja Hernández sobre esta novela señala:

“*Viento de Huracán* es novela que, en su argumento, se come la cola. Parte de una frustración después de la grandeza y concluye con un acabamiento después del éxtasis. Comienzo y fin quedan atrapados en la Gran Tienda de Occidente. Antes, el encumbramiento. Después, la ruina. Y entre pasado y presente, como una ráfaga perturbadora, los vientos del huracán petrolero” (Sanoja Hernández, 1992, p. 9).

En *Viento de huracán* se asiste a la nostalgia, y el pasado hace de las suyas enredado en viejas casas de pueblo y en caminos sabaneros, y por supuesto, el petróleo es el elemento que establece las interrelaciones de esta historia. Sobre esta novela Rial destaca lo siguiente:

“José León Tapia es un poeta de la narración y el mene negro y pegajoso, que embadurna el contexto de su novela petrolera *Viento de huracán*, resulta patético junto al torrente lírico de su discurso, dentro del cual el consumo de imágenes verbales sustituye la visión del negocio petrolero por paisajes urbanos que se convierten en objetos del deseo para la *ambición* de Sánchez y Balzán. [...] *Viento de huracán* no es tesis del petróleo local, no intelectualiza la demanda, la oferta o el conflicto laboral, ni tampoco dogmatiza el negocio como un mito, intocable, sagrado. Se trata de una narración de sentimientos, se relata lo que fuimos y somos, no como tratamos de ser. [...] Aunque *Viento de huracán* está circunscrita al ambiente del negocio petrolero en Barinas, por la incoherencia del cambio social y la implicación universal del producto, el tema supera el territorio autónomo de la literatura y del petróleo para ir más allá de sus espacios privilegiados, para realizar una lectura hacia la relación del médico-hombre de letras, su medio social y el momento del desarrollo histórico que plantea la novela; una relación entre el mundo de las ideas, las ficciones y el espacio de las acciones concretas” (Rial, s.f., pp. 9-10).

En 1989 aparece *Memorias de una antigua primavera* de Milagros Mata Gil. Novela ganadora de la Bienal Miguel Otero Silva de novela 1989, otorgado por la editorial Planeta venezolana, adscrita al grupo editorial Planeta internacional.

En *Memorias de una antigua primavera* puede leerse que durante años, la compañía se fue y regresó a su antojo, como un barco anclado en un mar de intenso e irregular oleaje. Cuando se marchaba, sus campamentos quedaban desiertos y desolados, las oficinas reducían al mínimo su vitalidad, y los jefes llegaron al extremo de pasar los tractores, arrasando las viviendas, antes que dejarlas para que las ocuparan los habitantes de la región. Cuando volvía, arrastraba consigo una nueva oleada de inmigrantes, cuya composición fue variando conforme a los nuevos requerimientos de la compañía: más títulos, más conocimientos, más especialización, más fianzas y más neutralidad.

En *Memorias de una antigua primavera* el objeto codiciado sigue siendo el acceso a la compañía petrolera. En esta novela se narra la historia desde el recuerdo, desde la decadencia, desde la nostalgia y las truncadas ambiciones. La compañía ya se ha marchado y algunos pobladores se quedaron para construir el pueblo de Santa María del Mar.

En el año 2008 José Balza publica en Caracas la novela corta titulada *Un hombre de aceite*, en donde se entrelazan al menos cuatro tópicos fundamentales: el petróleo, la política, el político que manda hoy y la meditación sobre la situación del país para esa fecha.

En ese mismo año, Juan Pérez Ávila publica en Caracas la obra *Hombres de petróleo*, donde el autor revela los intrínquilis del negocio petrolero y la influencia que ha tenido la industria en la política venezolana, cuyas élites gobernantes se han enriquecido ilícitamente y dado origen a una nueva burguesía asociada a los capitales tradicionales del país y a las transnacionales que dominan las nuevas tecnologías de la exploración y explotación petroleras, los mercados internacionales y el mundo financiero.

Para finalizar este inventario cronológico de novelas que tienen como tema el petróleo, en el año 2010, Gustavo Coronel (geólogo petrolero y politólogo venezolano) publica en Bogotá la novela *El petróleo viene de la luna*. Esta obra tiene como subtítulo:

*Una novela del petróleo venezolano.* Este texto tiene la particularidad de ser una novela del petróleo escrita por un petrolero. Al respecto Salas señala:

“Las novelas “petroleras” anteriores, algunas excelentes, otras menos buenas, habían sido invariablemente sobre el impacto del petróleo, sobre la vida rural o urbana venezolana pero no sobre el petróleo o los petroleros. Ni *Casas muertas* de Otero Silva, ni *Sobre la misma tierra* de Gallegos, ni *Los Ribera* de Briceño Iragorry, ni *Mene* de Ramón Díaz Sánchez, dieron al lector la visión de lo que era la actividad petrolera como tal y de los procesos políticos que siempre han girado a su alrededor” (Salas, 2010, p. 2).

La novela está escrita en varios niveles: es ficción pero también historia. Pretende ser didáctica, al describir aspectos de la vida en la industria petrolera que no son de conocimiento frecuente. Es al mismo tiempo, un análisis político sobre una etapa importante de la industria petrolera y de la sociedad venezolana. Una obra que llena la laguna existente en el conocimiento de lo acontecido en la industria petrolera venezolana durante la segunda mitad del siglo XX, especialmente posterior a la aparición de *Memorias de una antigua primavera* (1989) de Milagros Mata Gil. La novela tiene 20 capítulos que hablan del proceso de formación de un geólogo (Bernardo Mateos), sus triunfos y sus fracasos personales, sus tareas, su conversión en gerente; el gran debate petrolero de los años 70, el papel de los técnicos petroleros en ese debate, la nacionalización petrolera, el proceso interno de formación de Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), las pugnas ideológicas. Describe además, la vida en el medio rural venezolano y de las pequeñas poblaciones de provincia. Mezcla personajes de ficción con personajes de la vida real.

La tercera etapa del *recorrido* que intenta abordar la breve historia de *motivo petrolero* en la novela venezolana se ubica entre los años 1962 y 2010, ocho (8) novelas abordan el *motivo petrolero*: *Petróleo, mi general* (1977) de Arturo Croce, *Abrapalabra* (1979) de Luis Britto García, *Marea negra* (1983) de Alberto Vázquez Figueroa, *Viento de huracán* (1987) de José León Tapia, *Memorias de una antigua primavera* (1989) de Milagros Mata Gil, *Un hombre de aceite* (2008) de José Balza, *Hombres de petróleo* (2008)

de Juan Pérez Ávila y *El petróleo viene de la luna. Una novela del petróleo venezolano* (2010) de Gustavo Coronel.

**f) Visión histórica-literaria del tercer período (1962-2010)**

Históricamente, este tercer período (1962-2010) se puede definir como el de *implantación* de la democracia y la economía petrolera venezolana (*Venezuela moderna*). Un hecho resaltante se sucede el 22 de marzo de 1974, cuando por decreto, el presidente de la República Carlos Andrés Pérez crea con carácter *ad honórem* una Comisión Presidencial de Reversión, que se encarga de estudiar y analizar las alternativas para adelantar la reversión de las concesiones y los bienes afectos a ellas. Esa comisión, después de un intenso trabajo de deliberación, presenta un proyecto que consagra la nacionalización integral de la industria de los hidrocarburos. Después de un prolongado debate parlamentario, es aprobado el proyecto presentado por el Ejecutivo y promulgada el 29 de agosto de 1975 la *Ley de Nacionalización del petróleo en Venezuela*:

“La *Ley de nacionalización* reserva al Estado, por razones de conveniencia nacional, todo lo referente a exploración del territorio venezolano en la búsqueda de petróleo, asfalto y demás hidrocarburos; la explotación de yacimientos; la manufactura o refinación; el transporte por vías especiales y almacenamiento; el comercio interior y exterior de las sustancias explotadas y refinadas y las obras que su manejo requiriese en los términos señalados en la misma ley”. (Polar, 2000).

En este período es importante resaltar en 1960 la creación de la OPEP y 1975 la nacionalización del hidrocarburo. Se completa un período que se había iniciado a principios del siglo XX (momentos de iniciación, búsquedas, reconocimiento del mineral), cuando el Estado comienza a conocer los usos del petróleo, para luego pasar a controlar totalmente la producción. Una sociedad que pasa de un completo desconocimiento, a tener información valiosa sobre la existencia de riquezas en el suelo venezolano, y que se mantiene económicamente sobre las bases del petróleo, es lo hemos llamado *Venezuela en transición*.

El ciclo que va desde 1975 hasta 1989, es el período de las *crisis económicas* (también llamada crisis de la deuda en América Latina), momento en que aparece el Neoliberalismo económico que propone, entre otros aspectos, el ámbito de la acción del capital privado en los asuntos petroleros. Ideología que se impone en Venezuela en 1989 con el Programa de políticas económicas (el llamado *paquete* o *paquetazo*) de Carlos Andrés Pérez. Se inicia así la llamada “*Apertura petrolera*”. De nacionalizar el petróleo en 1975, se pasa a un proceso que parece revertir esa tendencia, estamos atisbando la necesidad de que las compañías extranjeras intervengan económicamente a través de gigantescas inversiones en la industria petrolera venezolana. Esa tendencia a asumir el control total del petróleo por parte del Estado en 1989 se revierte. Algunos sectores políticos de oposición al gobierno hablan de la “*privatización de la industria petrolera venezolana*”, los sectores de la administración pública la denominan “*Apertura petrolera*”. 1989 es el año de grandes crisis económicas, sociales y políticas.

Aunque no hay relación en ambos sucesos, la publicación en 1989 de *Memorias de una antigua primavera* de Milagros Mata Gil coincide con una fecha emblemática en la historia del país: el Caracazo. ¿Por qué es emblemática? Porque ese sistema político (democrático), económico y social que se instaura no sin dificultades pero con mucho éxito en 1958 (esa Venezuela llamada *Cuarta República*, un modelo muy exitoso inclusive en el tema petrolero), a partir del año 1989 decae y entra en crisis. Crisis que se caracteriza por el incremento exagerado de los precios de los bienes de consumo masivo (como alimentos, gasolina, alquileres, etc.) aunado a la presencia tanto de capital como de ideología política extranjera, lo cual produjo un estallido social. Curiosamente, ya en *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez se habla de la crisis de la industria petrolera.

Un Estado que viene por lo menos desde 1936 intentando controlar la actividad petrolera (exploración, producción, refinamiento y comercialización), una industria que está en manos del Estado venezolano (tendencia que prevalece en el marco de la Nacionalización petrolera en 1975), de pronto en 1989, tras el fracaso del *paquete* del presidente Pérez, ve un intento de cambiar (*privatizar*) el rumbo de la producción y



comercialización petrolera en Venezuela, dándole apertura al ingreso de un capital extranjero. Período que dura hasta 1999, cuando el gobierno del Presidente Hugo Rafael Chávez Frías propone revertir (*renacionalizar*) los efectos de la *Apertura petrolera*. Empieza una nueva etapa en la historia de la actividad petrolera en Venezuela.

## **Conclusiones**

Estas conclusiones se realizarán en dos tiempos.

### **a) El motivo del petróleo en la novela venezolana.**

La narrativa en su constante búsqueda de imaginarios, se ha apropiado, en un momento determinado, como un hecho de ficcionalización, de aquellos personajes anónimos —el viejo de la esquina, la maestra de un pueblo, el anciano mayordomo, el soldador, el obrero, la prostituta, etc. — para contar el cambio social que sufre Venezuela tras la aparición, exploración y explotación del *oro negro*. La novela venezolana que tiene como *motivo* el petróleo, se ha llenado de personajes ignotos, de seres tomados de la realidad y ficcionalizados magistralmente por la mano del enunciador general. Y desde estas identidades discursivas, textualiza y resignifica una cultura que, durante años, ha permanecido adormecida, al margen, en la periferia, abordando con ello los distintos espacios y los actores discursivos que pueblan estos bordes, esas orillas; legitimando a su vez, un hacer narrativo que asume en serio el hecho social y cultural, y que da cuenta de la sociedad venezolana desde mediados del siglo XX hasta principios del XXI.

Se sabe con certeza, que esta narrativa petrolera se detiene en algunas transversalidades temáticas comunes: el cambio social, los procesos migratorios, la llegada del progreso, el cambio perturbador, la nostalgia de un pasado y, en pequeña medida, la presencia del *amor* en sus distintas manifestaciones de aceptación o rechazo, lo erótico y pasional; la muerte; lo político; lo sociocultural; la integración etnocultural. Asimismo, en imbricaciones discursivas: la polifonía, la intertextualidad, el dialogismo, lo carnavalesco.

La novela petrolera venezolana se destaca por la puesta en abismo, en discusión, en acción de heterogéneos personajes, casi siempre seres que habitan los barrios periféricos de los recién creados campos petroleros; identidades discursivas que moran y crean esos mundos posibles, mundos de ficción, de los que hablan Pavel (1991) y Eco (1993); ambientes y espacios híbridos, fronterizos, por cuyas calles, plazas, esquinas, bares, se van desarrollando las distintas historias simuladas, narradas en la *voz* de sus protagonistas, de aquellos que han visto de cerca o han tenido experiencia directa con el suceso.

Indudablemente en la novela petrolera, al momento de hacer mención de un suceso en los campos de producción de *crudo* o de la cotidianidad de las distintas identidades discursivas, es válido hablar de una literatura que se nutre desde variados registros lingüísticos, producto de esa mezcla de gentes y culturas llegadas a la tierra del *oro negro*, *esperanzados* en mejorar su calidad de vida, lo cual matiza ese grado de pluriculturalidad que subyace en el interior de cada obra literaria.

De allí la riqueza de la novela petrolera venezolana, que se erige como insignia, como estandarte de coincidencias y convergencias, en reivindicación de un petróleo mal entendido y mal considerado, tanto por nuestros escritores como por la crítica literaria, al calificarlo como *estiércol del diablo*, el causante de todos nuestros males pasados, presentes y futuros.

Tras abordar estas petronovelas, se puede confirmar que esta narrativa da cuenta de los sucesos acaecidos, y a su vez, el petróleo puede ser consustancial tanto a un país como a un escritor (sin uno no existe el otro), pues coexiste una relación de interdependencia mutua que es necesario asumir e interpretar. Así, la literatura funge como puente conector entre realidades disímiles y distantes. La narrativa petrolera es polisémica, plural y multifacética. A través de las manos de los distintos enunciadores generales, el *oro negro* deja de ser frío e impersonal, para transformarse en compendio de *significados* y conceptos; elemento transformador de una sociedad, de una manera de vivir y observar la realidad; un elemento transformador del *sentido*.

*Oro negro* que surge de las entrañas de la tierra para posesionarse del presente y del futuro de la sociedad venezolana. Para nunca más marcharse. Para formar parte de la cotidianidad. Para impregnar nuestra literatura, nuestra música, nuestra escultura, pintura (el arte en su totalidad).

Al considerar el hidrocarburo como un aspecto fundamental de la sociedad, algunos venezolanos reclaman la *presencia*, el auge de la novela del petróleo. La *ausencia* de una producción narrativa que tiene como *motivo* central el petróleo, se debe —y ésta es mi posición muy particular— a que la mayoría de los escritores coinciden en evidenciar las experiencias personales de su mundo interior, influenciado por la geografía y el ambiente de una época, por sus lecturas y su sistema de creencias, códigos afectivos y emocionales, y especialmente, concepciones ideológicas y políticas. *Mene* (1936) de Díaz Sánchez, *Oficina N° 1* (1961) de Otero Silva y *Memorias de una antigua primavera* (1989) de Mata Gil versan, entre otras cosas, sobre las reflexiones personales de los males producidos por el petróleo, la llegada de los extranjeros que nos despojó de todos nuestros bienes y el cambio geográfico perturbador (especialmente en *Mene*). Quizás, el lector avezado e informado y el crítico inteligente, en un momento determinado, rechazaron esas posturas ideológicas, esas formas de interpretar la realidad y dejaron de leer, criticar y darle valía a esta forma literaria naciente.

Alguien podría afirmar que, producto de la modernización, los cambios en la sociedad, la aparición de distintas corrientes y movimientos literarios, la posibilidad de diálogo de la literatura venezolana con la que se produce en el extranjero, y la consideración fundamental de que este es un país petrolero, conlleva a que toda la producción literaria que se ha desarrollado en Venezuela después de la implantación de la industria petrolera (durante el siglo XX y principios del XXI) se le podría denominar *literatura petrolera* y en nuestro caso *novela petrolera*.

Visto desde la perspectiva de que los venezolanos dependemos el 96% de la renta petrolera, es posible pensar una sociedad mono dependiente, por lo tanto, todo es petrolero.

De ser así, ¿se podría pensar que la poesía de finales de los años 40, que reflexiona sobre las grandes ciudades iluminadas, los neones, etc.; o la novela de finales de los 90, que reflexiona sobre la barriada, la contaminación y la basura, podría considerarse *literatura petrolera*, en el entendido de que las zonas marginales son el resultado de ese cambio rural-urbano?

No creo que —desde la literatura— le hayamos dado la espalda al tema petrolero. Algunas novelas tienen el *motivo* y lo expresan directamente, otras son petroleras que se manifiestan sin darse cuenta. En cuanto a los narradores y poetas de los años 40 en adelante, quienes hablaban de la Venezuela de las luces de neón, de la autopista de asfalto, de las maravillas de la modernidad, esos temas son parte del proceso constitutivo de la nación y por lo tanto, también son “*indirectamente*” petroleros. El petróleo nos abrió la vista al mundo entero.

#### **b) La producción novelística del siglo XX y parte del XXI referida al tema del petróleo**

Es claro que ninguna historia literaria puede concebirse limitada por épocas, períodos, etapas o años, de manera que en su flujo constante los hechos estén como encerrados en compartimientos estancos, apartados. Esta separación por períodos se realiza con el objeto de ver ese *hilo tensional* de la presencia del petróleo en la novela venezolana durante los períodos señalados.

El siglo XIX proyecta sus razones y circunstancias en el ámbito literario del XX y, como es evidente, lo mismo sucede con la siguiente centuria. No existe, por lo tanto, rompimiento visible entre estos períodos. Sobre todo hay un movimiento (el modernismo) que con indudable fuerza y consistencia persiste en las formas expresivas, lo cual es palpable al observar una y otra novela de las distintas fechas estudiadas.

Esta segmentación en etapas aborda dos elementos fundamentales: uno, el hecho histórico; dos, la representación que de este aspecto ha hecho la literatura. No obstante, hay

acontecimientos que traspasan inevitablemente sus áreas cronológicas naturales, esos compartimientos estancos en los que en algún momento y por alguna necesidad han permitido encasillar las obras, y cuyas proyecciones y consecuencias se precisan, con toda nitidez, en la perspectiva del tiempo venidero.

Respecto al recorrido-acercamiento por la novela petrolera venezolana, se puede señalar que el *oro negro* es el gran ausente de nuestra literatura. Se desprende de la trayectoria evolutiva trazada a lo largo de todas estas 29 novelas, un desarrollo gradual del tema petrolero, que va desde la breve mención en algunas novelas hasta otras, cuya trama gira plenamente en torno a los hidrocarburos.

Al balance de cinco novelas petroleras que da Carrera (2005, p. 109) en las que menciona que cinco pueden considerarse plenamente como novelas del petróleo: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra* y *Oficina No 1*, fragmento de novela una: *Remolino* y esbozo de novela otra: *Campo Sur*, se le suman dos más: *Viento de huracán* y *Memorias de una antigua primavera*. Coincido con la frase de Britto García: “sobran los dedos de las manos para enumerar las novelas dedicadas al petróleo en la madre patria de la OPEP” (2002, p. 54), pues en Venezuela, el petróleo es apenas salpicadura, pequeñas manchas, gotas de petróleo en el amplio panorama de la literatura.

En cuanto a la idea de narrar la presencia y evolución del petróleo en la vida de los habitantes de este país, la novela venezolana da un giro fundamental. En *Mene* (1936) de Ramón Díaz Sánchez, observamos el petróleo que brota del suelo, que se puede tocar y oler —como lo hace la identidad discursiva Joseíto Ubert—, una materia grasienta que la gente utilizaba para prender el fogón o alumbrar en la oscuridad por la ausencia de luz eléctrica. En *Oficina N° 1* (1961) de Miguel Otero Silva, asistimos a la constitución y establecimiento de la industria petrolera venezolana: continúan las migraciones de gentes desde los campos hacia las recién creadas ciudades petroleras —migraciones ya reseñadas en *Mene*—. El petróleo se convierte en elemento de comercialización, que le permite al país un mayor auge y desarrollo. En *Memorias de una antigua primavera* (1989) de Milagros Mata Gil, la

compañía petrolera se ha marchado, los pozos petroleros se han secado, ya se ha arraigado en los habitantes un conjunto de costumbres, producto de esa mezcla de gentes y culturas. Desde un presente, a través de la memoria, se cuenta y se añora un pasado.

Podría afirmar que la novela petrolera venezolana es fundamentalmente de denuncia. Denuncia en el entendido de que comunica algo, revela, avisa, notifica, descubre, manifiesta, expresa un significado claro: la presencia del petróleo en tierras venezolanas. Una narrativa que quiere llamar la atención sobre la importancia del petróleo, su utilidad económica y su significación para la sociedad. Quizás por ello, la mayor producción novelística sobre el tema del petróleo se da hasta 1961, época que se ha denominado, en este corto recorrido histórico-literario, *Venezuela en transición*.

Se parte de la idea de que al abordar la novelística del petróleo en Venezuela se presentan dos fenómenos. El primero de ellos se ha denominado aquí como *intrínseco*, que indica el valor del *oro negro* por sí mismo (el petróleo tiene un valor fundamental, esencial, básico, primordial que es necesario expresar, dar a conocer). De allí que la producción novelística desde principios del siglo XX hasta 1961 sea de denuncia, manifestación, puesta en evidencia. El segundo elemento llamado *extrínseco* indica una cualidad o circunstancia que no pertenece directamente al petróleo sino que es adquirido o superpuesta a él. Es decir, a raíz de que Venezuela conoce el petróleo, vive de él y lo considera la principal fuente de sostenimiento económico, ya no es necesario seguir contando el surgimiento, aparición y desarrollo de este mineral. Quizás esta sea la respuesta prematura a la escasez de la producción novelística sobre el tema del petróleo en los últimos 40 años: estamos ante una narrativa que *extrínsecamente* narra la presencia (omnisciente) del petróleo en la sociedad venezolana.

En las últimas décadas del siglo XX surgieron textos en los que prevalece la idea del bar, los prostíbulos, el recuerdo de los campos petroleros, la violencia de un pasado próximo (presente al alcance de la mano), la explosión del cambio rural-urbano, la fundación y presencia en las grandes industrias de los sindicatos. Obras que relatan las

vidas trasegadas, trastornadas, desordenadas y reprimidas de los seres humanos que habitan en las grandes ciudades y que su existir se ve afectado por la ciudad y la vida rutinaria. Novelas en las que se narra el poder incontenible —y a veces destructor— de la imaginación y la fantasía del hombre, y donde contraponen las *pasiones* de los personajes fundamentales. Personajes que representan la *pasión*, la *ironía*, el *sarcasmo*, las *ambiciones*, las *esperanzas*, el *amor*, el *temor*, el *odio* y la *creatividad* en sus más altos niveles de desarrollo; pero también personifican el irrespeto, la voluptuosidad, los sueños y el vagar sin norte fijo por el mundo. Actores discursivos que se describen a sí mismos como seres maléficos, victimarios, que dedican su vida a una búsqueda afanosa de *venganza* — como por ejemplo la identidad discursiva Teófilo Aldana de la novela *Mene* (1936)—. Otros, por el contrario, que se catalogan como hombres buenos, inocentes, ingenuos, que hacen de la vida una aventura: su única e irrenunciable realidad. La universalidad del mundo de estos personajes no se queda en las ruidosas calles de las grandes metrópolis venezolanas, sino que trasciende y toma como escenario algún remoto lugar de la inquieta y convulsionada Latinoamérica.

Finalizado el siglo XX, aparecen obras en la que se narra el vivir en sociedad, un buceo contumaz en la realidad inmediata de la gente, del mundo y de las cosas. Desaparece el chorrito de petróleo brotando de la tierra, esas manchitas grasientas que ensucian las ropas del patiquín y producen mal olor. El petróleo se transforma en sociedad moderna, con sus vaivenes, peligros, miserias, progreso y tecnología. Aparece una narrativa auténtica, comprometida con las vivencias del hombre y su entorno, que le permite reencontrarse con su ser y con su circunstancia para cambiarla en beneficio de todos. Surge una prosa en la que destaca la sustancialidad de la vida, el verbo encarnado en el papel para la recreación y la reflexión. El lector deberá encontrar en ella la letra palpitante, en ebullición, que salte y lo tome por sorpresa, que lo hunda en las corrientes tormentosas del fragor existencial y que lo devuelva a su verdadera esencia. Finalizado el siglo XX e iniciado el XXI, como un proceso normal, la literatura se ha transformado a la par de la sociedad.

El petróleo embetuna todo el mapa literario de Venezuela durante el siglo XX y lo que va del XXI. Las montañas, los llanos, la selva y el mar son protagonistas, actores principales en este océano del petróleo, donde se rescatan lenguajes y sentimientos olvidados, frente a los cuales el lector y el crítico literario, cierran por momentos los ojos para imaginar no lo verdadero, sino lo que un escritor en particular narra, siempre consciente de lo que significa la palabra y el hecho narrativo.

Tengo no la sospecha, sino la certidumbre, de haber omitido obras esenciales, obras fundamentales. La crítica indiferente y los distribuidores perezosos me las ocultan. Este es un tema apasionante que merece novedosas y exhaustivas investigaciones. Invito a una lectura inmediata, a una reflexión y análisis profundo de cada una de estas novelas, como búsqueda personal de la gama de enfoques a los que pueden ser sometidas estas obras literarias, tan ricas estéticamente, tan abundantes en interpretaciones, y sobre todo, tan insuficientemente leídas.

## Notas

1. Este artículo reflexiona solo sobre la novela petrolera venezolana. Sin embargo, desplazándome de norte a sur del continente americano, en Estados Unidos, México, Colombia, Brasil, Bolivia, Perú, Argentina, Cuba e Italia la novela asume el *motivo* del petróleo con diferentes enfoques y lenguajes, y cuyo valor literario sobrepasa las fronteras visibles e invisibles de nuestros territorios. **México** es un país que ofrece una gran cantidad de novelas dedicadas al tema del petróleo, entre ellas podemos mencionar a: Francisco Monterde con la obra *Oro negro: pieza en tres actos* (1927) donde señala los abusos de las compañías extranjeras que explotan el petróleo. / José Manuel Puig Cassauranc publicó la novela *La hermana impura* (1927), un caso paradigmático de la identificación entre territorio y personaje. Aquí el personaje Estela, prostituta en un pueblo petrolero es vendida y explotada. / Xavier Icaza publicó *Panchito Chapopote, retablo tropical* (1928), destaca que el personaje principal ha tenido la fortuna de



volverse muy rico inesperadamente cuando se descubre que sus tierras, aparentemente sin valor, son una fuente petrolera. / *La rosa blanca* publicada en 1929 por Bruno Traven retrata la tragedia mexicana por el uso, abuso, aprovechamiento legal e ilegal, saqueo y remate de la riqueza de los combustibles fósiles. / Mauricio Magdaleno Cardona publicó la obra *Teatro revolucionario mexicano: Pánuco 137, Emiliano Zapata, Trópico* (1933). *Pánuco 137* fue editada sola por primera vez en 1937, obra dedicada al tema petrolero. / César Garizurieta publicó *Resaca: novela* (1939) en la cual cuenta la resistencia de un campesino que vende su parcela en el auge del oro negro, por lo cual es asesinado. / Gregorio López y Fuentes en *Huasteca* (1939) presenta el fenómeno de una familia campesina transformada en “nuevos ricos” luego de arrendar sus propiedades a perforadores petroleros norteamericanos. / Héctor Raúl Almanza en *Brecha en la roca* (1955) señala la dificultosa formación del primer sindicato petrolero que, a la larga, produjo la expropiación decretada por el presidente Lázaro Cárdenas. / En 1955 José Mancisidor publicó *El alba en las simas* donde recrea el encuentro-desencuentro entre los dueños de las compañías holandesas-inglesas y estadounidenses con el presidente Lázaro Cárdenas. / En 1978 Carlos Fuentes publicó *La cabeza de la hidra*. En esta novela el petróleo mexicano es una excusa para contar una historia que refleja las angustias de un mundo dividido por la Guerra Fría. / En 1980 Héctor Aguilar Camín publicó *Morir en el golfo* obra que nos introduce poco a poco en el complicado mundo de la mafia petrolera mexicana PEMEX, manejada por caciques dispuestos a hacer el bien a su pueblo, pero que no titubean en matar cuando sus intereses están en juego. / En 1988 Javier Santos Llorente publicó *Nuestras raíces*, una historia novelada del tema petrolero. / En el 2000 Francisco Martín Moreno publicó *México negro* donde describe la salvaje y alevosa asechanza por parte del imperialismo para hacerse de los recursos mexicanos (y de manera principal, del petróleo). En **Colombia** *La novia oscura* (1998) de Laura Restrepo ofrece una contrapartida del debatido tema de la prostitución en el pueblo petrolero de Barrancabermeja. / En el 2013 Vladimir Carrillo publicó *En el tiempo de la bala y la salamandra*. El libro presenta la historia de Gilberto Torres, un joven dirigente de la Unión Sindical Obrera (USO) de la industria del petróleo de Colombia, que en 2002 fue secuestrado y torturado por el ejército paramilitar

Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), que actuó en complicidad con poderosas compañías petroleras. En **Brasil** Renato Pacheco (2003) con la novela *A Oferta e o Altar* (1964) creó, según Rial, “un espacio de controversia entre los prejuicios pueblerinos que llevaron, a una adolescente a la muerte por la crueldad de su padre y el atractivo del pequeño mundo ficticio que crea la explotación del petróleo” (p. 6). En **Bolivia** apareció *Tierras hechizadas* (1998) de Adolfo Costa du Rels, novela petrolera que se desarrolla en los confines del sudeste de este país. Obra de gran imaginación y drama intenso que describe la codicia y el caudillismo en pugna por la conquista del petróleo en una familia de hacendados, en la que el jefe hace de señor feudal y cuya voluntad es ley. En **Perú** Víctor Borrero Vargas publicó la novela *Happening en la milla seis* (2008) en la que se hace alusión al acta que se firmó el 3 de agosto de 1968 entre Fernando Belaunde en su primer gobierno y la International Petroleum Company (que, por entonces, había hecho de Talara un territorio yanqui dentro del territorio peruano), mediante dicha acta la compañía yanqui entregaba al gobierno los yacimientos petrolíferos de la Brea y Pariñas; asimismo se refiere a la farsa que eso significó con la pérdida de la página 11 de la referida acta, lo cual habría de motivar el Golpe de Estado liderado por Juan Velasco Alvarado, dos meses después, el 3 de octubre de 1968. En **Argentina** Martha Perotto publicó *Territorio: Waj Mapu. Patagonia secreta* (2004). La explotación del petróleo en El Chocón supone romper las estructuras propias del lugar, imponer una nueva identidad social, destruir valores tradicionales con la instalación de prostíbulos y bares: “Llegó la petrolera y llegaron los servicios que la seguían. Se necesitaba diversión, esparcimiento para tantos hombres solos” (Perotto, 2004, p. 36). El relato plantea crear un estado de crisis en el orden cósmico de un grupo humano que ha vivido durante siglos según sus propias creencias y valores. En **Cuba** Manuel Sánchez Dalama publicó *La mancha negra* (2010) que narra dos historias muy diferentes entre sí: el naufragio del petrolero *Prestige* frente a las costas de Galicia y la historia de un policía gallego afincado en Madrid que arrastra la peor racha de su vida. Dos desastres inminentes en torno a la insólita figura de Manfred Gnädinger, el alemán de Camelle, a menudo considerado como la única víctima que provocó el hundimiento del obsoleto navío. Saltando nuestros confines territoriales latinoamericanos, en **Estados Unidos** Upton Sinclair presenta la

novela *Petróleo* (1927), narra la historia de una familia (padre e hijo) que han prosperado desde la condición de humildes carreteros hasta la de productores independientes de petróleo. / Jonathan Black en la novela *Petróleo* (1976) toma hechos históricos como firme base para brindar una imagen verdadera de cómo opera realmente la industria mundial del petróleo. En **Italia**, a Pier Paolo Pasolini se le publicó (póstumamente) la novela *Petróleo* (1992). Según todos los indicios, el escritor empezó a trabajar en esta novela en enero de 1967, y se dedicó a ella con creciente actividad, hasta el momento de su muerte. *Petróleo* debía presentarse como «la edición crítica de un texto inédito», pues el asesinato del escritor requería que los editores se enfrentaran al reto de publicar del modo más fidedigno posible un libro de importancia capital al que su autor no había dado la última mano.

## **Bibliografía**

Aguilar Camín, H. (1980). *Morir en el golfo*. México: Océano.

Almanza, H. R. (1955). *Brecha en la roca*. México: Obregón.

Arenas, N. (1999). *Las visiones del petróleo 1940-1976*. Caracas: Centro de Estudios del Desarrollo - Universidad Central de Venezuela.

Ayala, R. (1909). *Lilia: ensayo de novela venezolana*. Caracas: Tip. P. Americana.

Balza, J. (2008). *Un hombre de aceite*. Caracas: Bid & Co. Editor.

Black, J. (1976). *Petróleo*. Madrid: Ultramar.

Blanco Fombona, R. (1958). La bella y la fiera. En *Obras Selectas*. Madrid: Edime.

- Borrero Vargas, V. (2008). *Happening en la milla seis*. Perú: Pluma Libre de Gerardo A. Temoche Quezada.
- Bracho Montiel, G. (1954). *Guachimanes*. Santiago de Chile: Talleres Francisco Javier.
- Briceño Yragorry, M. (1991). *Los Riberas*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Britto García, L. (1980). *Abrapalabra*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Britto García, L. (21 de julio de 2002). País petrolero, literatura sin petróleo. *Últimas noticias*.
- Campos, M. Á. (1994). *Las novedades del petróleo*. Caracas: Fundarte-Alcaldía de Caracas.
- Campos, M. Á. (2005). *Desagravio del mal*. Caracas: Fundación Bigott - Universidad Católica Cecilio Acosta.
- Carrera Obando, R. (1940). Aspectos del petróleo en Venezuela. (Fragmentos). En *Güina*. Carúpano, Venezuela: Empresa "El popular".
- Carrera, G. L. (1968). *El tema del petróleo en la novela venezolana. La novela iberoamericana contemporánea*. Caracas: Especial.
- Carrera, G. L. (1972). *La novela del petróleo en Venezuela*. Caracas: Servicios Venezolanos de publicidad.
- Carrera, G. L. (2005). *La novela del petróleo en Venezuela*. Mérida: Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres (ULA)-Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes.

Coronel, G. (2010). *El petróleo viene de la luna. Una novela del petróleo venezolano*. Bogotá: s. Ed.

Costa Du Rels, A. (1998). *Tierras hechizadas*. Bolivia: S. Ed.

Croce, A. (1977). *Petróleo, mi general*. Caracas: Monte Ávila Editores.

De La Parra, T. (1977). *Ifigenia*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Díaz Sánchez, R. (1958). *Mene*. Lima-Caracas: Cuarto Festival del Libro Venezolano - Distribuidora Continental.

Díaz Sánchez, R. (1980). *Cassandra*. Caracas: Publicaciones Españolas.

Eco, U. (1993 [1979]). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.

Fuentes, C. (2001). *La cabeza de la hidra*. Madrid: Planeta - El Nacional.

Gallegos, R. (s.f.). *Sobre la misma tierra*. Caracas: Bloque de Armas-Colección libros Revista Bohemia.

Garizurieta, C. (1939). *Resaca: novela*. México: Dialéctica.

Icaza, X. (1986 [1928]). *Panchito Chapopote*. México: Universidad Veracruzana.

Kayser, W. (1961). *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Madrid: Gredos.

León Tapia, J. (1992). *Viento de huracán*. Caracas: Centauro.

Lerner, E. (s.f.). *La desazón política en Teresa de la Parra*. Recuperado de <http://www.analitica.com/bitbliblioteca/elerner/teresa.asp>.

López y Fuentes, G. (1939). *Huasteca*. México: Ediciones Botas.

Magdaleno, M. (1933). *Teatro revolucionario mexicano: Pánuco 137, Emiliano Zapata, Trópico*. México: Cénit.

Mancisidor, J. (1956). *Nuestro petróleo*. Buenos Aires: Platina.

Martín Moreno, F. (2000). *México negro*. México: Joaquín Mortiz.

Mata Gil, M. (1989). *Memorias de una antigua primavera*. Caracas: Planeta.

Monterde, F. (1927). *Oro negro: pieza en tres actos*. México: Talleres gráficos de la Nación.

Núñez, E. B. (1972). *Cubagua*. Caracas: Monte Ávila Editores - Gobernación del Estado Nueva Esparta - Dirección de Cultura.

Núñez, E. B. (1987). *Novelas y ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Otero Silva, M. (1979). *Oficina N° 1*. Barcelona: Seix Barral.

Pacheco, R. (1964). *A Oferta e o Altar*. Vitoria: Edicoes GRD.

Pasolini, P. P. (1992). *Petróleo*. Barcelona: Seix Barral.

Pavel, T. G. (1995 [1986]). *Mundos de ficción*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

- Pérez Ávila, J. (2008). *Hombres de petróleo*. Caracas: Sello de fuego – Maltiempo.
- Perotto, M. (2004). *Territorio Waj mapu. Patagonia secreta. El Bolsón*. Talleres La Loma.
- Picón Salas, M. (1995). *Odisea de tierra firme. (Relatos de Venezuela)*. Mérida: Ediciones Solar - Dirección de cultura del estado Mérida.
- Pocaterra, J. R. (1991). *Tierra del sol amada*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Polar. (2000). *Diccionario multimedia de historia de Venezuela* [Software multimedia CD-ROM]. Caracas: Fundación Polar.
- Puig Casauranc, J. M. (1927). *La hermana impura: un esqueleto de novela*. México: Cvltvra.
- Quintero, R. (1968). *La cultura del petróleo*. Caracas: Esquema.
- Ramos-Harthun, J. (2001). *La novela de las trasnacionales: hacia una nueva clasificación*. (Tesis doctoral) The University of Alabama: Estados Unidos. Recuperado de <http://www.bookpump.com/dps/pdf-b/1122403b.pdf>.
- Restrepo, L. (1999). *La novia oscura*. Bogotá: Norma.
- Rial, J. E. (2002). *Constelaciones del petróleo*. Maracay: Estival.
- Rial, J. E. (2003). Petro-narrativas latinoamericanas. *Hispanista, Revista electrónica de los Hispanistas de Brasil*, 4(13). Recuperado de <http://www.hispanista.com.br/revista/artigo113esp.htm>.
- Rial, J. E. (2007). *Morir en el golfo*. México: Planeta Mexicana.

- Rial, J. E. (2007). Nuevos lenguajes del petróleo en Latinoamérica. “Morir en el Golfo” de Héctor Aguilar Camín. “Territorio Wajmapú. Patagonia secreta” de Martha Perotto. *Hispanista. Revista electrónica de los Hispanistas de Brasil*, 7(28). Recuperado de <http://www.hispanista.com.br/revista/morir%20y%20waj.pdf>.
- Rial, J. E. (s.f.). *Memoria e identidad en José León Tapia*. Recuperado de [http://www.juliaelenarial.com.ve/doc\\_download.aspx?document\\_id=3](http://www.juliaelenarial.com.ve/doc_download.aspx?document_id=3).
- Rojas Saavedra, J. A. (2005). El viaje en La pasión según G.H.: un recorrido interior. *Kaleidoscopio*, (4), 120-125.
- Rojas Saavedra, J. A. (2013). Anglicismos en la novela petrolera venezolana. *Revista SURES*, (3).
- Rojas Saavedra, J. A. (2013). Historia del petróleo en la novela venezolana. *Anuario GRHIAL*. (7).
- Rojas Saavedra, J. A. (2013). Místeres, guachimanes, maifrenes y ófisboys: léxico de la novela petrolera venezolana. *Lengua y habla*. 17(1), 183-197.
- Rojas Saavedra, J. A. (2013). Polifonía bajtiniana en *Memorias de una antigua primavera*. *Kaleidoscopio*, 10(19).
- Rojas Saavedra, J. A. (2013). *Semiótica de las pasiones en la novela petrolera venezolana*. (Tesis doctoral). Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- Rojas, D. (s.f.). *Elvia. Novela caraqueña*. Caracas. (s. Ed.).



Salas, H. (28 de julio de 2010). *Humberto Salas: un petróleo llegado de la luna*. Petroleumworld.com. Recuperado de <http://www.petroleumworldve.com/edito10072801.htm>.

Sanoja Hernández, J. (1992). José León Tapia y su mundo narrativo. En León Tapia, J. *Viento de huracán* (pp. 5-9). Caracas: Centauro.

Santos Llorente, J. (1988). *Nuestras raíces*. México: Petróleos Mexicanos PEMEX.

Sinclair, U. (2008). *Petróleo*. Barcelona: Edhasa.

Travén, B. (s.f.). *La Rosa blanca*. México. Compañía General de Ediciones.

Uribe Piedrahita, C. (2006). *Mancha de aceite*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta - Universidad del Zulia, Ediciones del Rectorado.

Uslar Pietri, A. (1980). *De una a otra Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Uslar Pietri, A. (4 de marzo de 2006). Sembrar el petróleo. *El Nacional*.

Viloria Vera, E. (1997). *Rolando Peña. Compilación de textos 1991-1997*. Caracas: Fundarte.